



Colección Poesía del Mundo
Serie Contemporáneos

Entre el largo desierto y la mar



Caracas - Venezuela
2007

Alfonsina Storni

Entre el largo desierto y la mar



Selección y prólogo de Marilyn Bobes

Ministerio del Poder Popular para la Cultura
Fundación Editorial el **perro** y la **rana**

© Fundación Editorial el **perro** y la **rana**, 2007

Av. Panteón, Foro Libertador,
Edif. Archivo General de la Nación, planta baja, Caracas 1010.
Telfs.: (58-212) 564 24 69 / 808 44 92 / 808 49 86 / 808 41 65
Telefax:(58-212) 564 14 11
Correos electrónicos: elperroylaranaediciones@gmail.com
editorial@elperroylarana.gob.ve
comunicaciones@elperroylarana.gob.ve

Hecho el depósito de Ley

Depósito legal: lf4022006801864

ISBN: 980-376-319-9 (Colección)

ISBN: 980-396-192-6 (Título)

Diseño y diagramación de colección:

Fundación Editorial el **perro** y la **rana**, 2007

Diseño de portada:

Clementina Cortés

Rediseño de portada:

Fundación Editorial el **perro** y la **rana**

Edición al cuidado de:

Paola Yáñez

Diagramación:

Raylú Rangel

Corrección:

Marjori Lacenere

Gema Medina

Impreso en Venezuela

Fundación Editorial

el**perro** y la**rana**

Presentación

Poesía del Mundo, de todas las naciones, de todas las lenguas, de todas las épocas: he aquí un proyecto editorial sin precedentes cuya finalidad es dar a nuestro pueblo las muestras máspreciadas de la poesía universal en ediciones populares a un precio accesible. Es aspiración del Ministerio del Poder Popular para la Cultura crear una colección capaz de ofrecer una visión global del proceso poético de la humanidad a lo largo de su historia, de modo que nuestros lectores, poetas, escritores, estudiosos, etc., puedan acceder a un material de primera mano de lo que ha sido su desarrollo, sus hallazgos, descubrimientos y revelaciones y el aporte invalorable que ha significado para la cultura humana.

Palabra destilada, la poesía nos mejora, nos humaniza y, por eso mismo, nos hermana, haciéndonos reconocer los unos a los otros en el milagro que es toda la vida. Por la solidaridad entre los hombres y mujeres de nuestro planeta, vaya esta contribución de toda la **Poesía del Mundo**.

Sobre la presente edición

Marilyn Bobes tituló *Entre el largo desierto y la mar* la selección antológica de Alfonsina Storni, publicada por el fondo editorial Casa de las Américas en 1999. Bobes, periodista, poeta y narradora cubana (Premio Casa de las Américas 1995) prologa y presenta el recorrido por la poética de Storni desde sus inicios, *La inquietud del rosal* (1916), hasta su última publicación, *Mascarilla y trébol* (1938). En esta edición se recogen trabajos inéditos de la poeta, el prólogo realizado por la misma Storni para la antología editada por Espasa-Calpe y “Una Breve Explicación”, prefacio de su última publicación un año antes de su suicidio.

Es un honor para la colección Poesía del Mundo contar con la selección de la obra de una escritora indispensable en el acontecer latinoamericano, símbolo mítico de nuestra cultura, cuyas circunstancias han desbordado su poesía.

Los editores

Prólogo

La mañana del 25 de octubre de 1938 las aguas ferruginosas de Mar del Plata devolvieron a la orilla el cadáver de una mujer menuda, de 46 años, con los ojos claros y el rostro sereno. Aquella insigne ahogada había nacido también en el mar, pero el acontecimiento de su llegada al mundo aparece registrado en una pequeña aldea de la Suiza italiana conocida como Salla Capriesca. Nadie, sin embargo, se atrevería a negar su condición de argentina a la mítica poetisa Alfonsina Storni, cuyas tempestuosas circunstancias vitales sobrepasan el estudio, en ocasiones superficial, de su obra literaria para convertirla en leyenda: su hipotética muerte por amor la ha transformado en símbolo de una esencia romántica que la propia autora intentó rechazar desesperadamente, aun cuando su denuedo no siempre se viera coronado por el éxito, y su público y gran parte de su crítica prefirieran –todavía hoy– resaltar aquella parte de su obra que refuerza su pertenencia a una estética fundamentada en las sublimaciones y la subjetividad.

El camino recorrido por la Storni desde su primer libro –*La inquietud del rosal* (1916)– hasta el último –*Mascarilla y trébol* (1938)– delata una batalla desesperada por liberarse de aquel “primer modo, sobrecargado de mieles románticas” del que tímidamente reniega en un prólogo realizado para una antología personal que el mismo año de su muerte voluntaria entregara a la editorial argentina Espasa-Calpe. Difícil propósito si se piensa que en aquellas primeras décadas de nuestro siglo, como también en el anterior, una mujer apenas podía acercarse a la literatura en tonos que desafiaran el orden establecido por el discurso patriarcal.

Características como la ironía, el desacato e incluso la intelectualización, eran patrimonio de un mundo exclusivamente masculino que sólo se mostraba tolerante con las escritoras cuando estas asumían una función decorativa en los salones, declamando, entre los peplos griegos que dejaban traslucir sus encantos, la aceptación de su debilidad y de su sometimiento, aquello que Jorge Luis Borges, refiriéndose a la propia Storni, denominaba «chillonería de comadrita». No andaba tan desacertado el autor de *El Aleph*, ni era tan injusto como algunas feministas a ultranza aseguran, si pensamos que, en 1925, cuando desde la revista *Proa* formula este reproche a Alfonsina, ella todavía no había dado suficientes pruebas de querer desembarazarse de una cierta necesidad de aprobación y reconocimiento que la condujo reiteradamente a concesiones y le impidió, desde mi punto de vista, un más atrevido desenvolvimiento formal.

Quizás su sufrimiento era demasiado para que le exigiéramos tanto. Mujer poco agraciada y muy infeliz en sus amores, pobre, madre soltera que nunca reveló, siquiera a su hijo, el nombre del progenitor, qué otra compensación podía tener en la vida que no fuese su relativo éxito literario. Relativo porque aunque obtuvo algunos premios importantes, fue traducida a cinco idiomas y recibió los elogios de Alfonso Reyes y Jacinto Benavente, entre otros, se tropezó también con molestos objetores.

Intelectuales serios, como el ya citado Jorge Luis Borges, la acusaban de «chillona». Otros, que ensalzaban su primera etapa (la que se cierra con el cuaderno *Ocre*, en 1925), reprochan a sus libros posteriores ser en exceso cerebrales. Incluso una defensora de la poesía femenina como

la española Carmen Conde, en su selección *Once grandes poetisas americanas*, publicada en Madrid en 1967, confiesa que no reacciona con Storni como lo hace con otras poetisas latinoamericanas. Le molesta su ironía.

Cuando Alfonsina habla con la severidad de quien abre su corazón sin límites y lo entrega, pase lo que pase, yo entro en su clima sin ninguna reserva. Respondo con lealtad. Mas si da un papirotazo a su pena, se birla una lágrima con además de burla, me desconcierta y la abandono.

Afirma Conde inmediatamente antes de sugerir que quizás habría que buscar en esa actitud irreverente la causa de la desventura personal de la poetisa, el motivo de que “no la quisieran como ella quería, por lo que no sonó el teléfono aquel día de 1938”.

Extraña reconvencción para una reivindicadora de los valores de la poesía escrita por mujeres en Iberoamérica. Sin embargo, no resulta descabellada. La rebelión contra el hecho de asumir los papeles tradicionales que, tanto en el orden estético como en el vital, se le exigían, bien pudo haber llevado a la Storni a un callejón sin salida. La “Breve explicación” que coloca como prefacio a *Mascarilla y trébol* y el mismo acto del suicidio son, más que sus últimos versos, a los que suele otorgarse una importancia exagerada, el testimonio de la incomprensión generalizada a una postura y un pensamiento difícilmente domesticables con esos “buenos besos” que ablandaran los labios de suspiros que pedía la contradictoria Carmen Conde para Alfonsina y para la uruguayana Delmira Agustini.

Es evidente que el año en que se suicida, cuando escribe las “Palabras prologales” a su antología personal y la “Breve explicación” de *Mascarilla y trébol*, Alfonsina Storni se debatía entre su necesidad de experimentar utilizando un nuevo lenguaje y la exigencia de “fidelidad” a un antiguo estilo que le había asegurado un lugar, al menos en el tan habitual epígrafe consagrado a la “poesía femenina”, de los panoramas e historias de la literatura que escribían –y aún escriben– los hombres a quienes les tocó juzgarla.

En su *Historia de la literatura hispanoamericana*, Enrique Anderson Imbert advierte en la autora un supuesto “resentimiento contra el varón” al que atribuye tanto la eficacia y el ardor de su poesía como su endeblez estética. Confunde la justa rebelión contra una jerarquía genérica inicua con un “asco” por los hombres que Alfonsina estuvo muy lejos de experimentar. Finalmente concluye que la Storni “ha triunfado” sobre el varón –subrayando la tesis del malentendido antagonismo– pero, indica que “a costa de su sensibilidad”. La califica de “compañera tardía” de los vanguardistas cuando se refiere a los poemas recogidos en *Mundo de siete pozos* y *Mascarilla y trébol*, aunque le reconoce la valentía de haber renunciado a sus “fáciles éxitos literarios” para dedicarse a un nuevo tipo de poesía que la alejó de su viejo público y no le ganó un público nuevo. “Se sabía gastada”, dice. “Escribió sencillamente un soneto [...] y se fue al mar a suicidarse”.

La hipótesis de un agotamiento creador en una escritora que, a partir de 1934, comienza a abrirse a nuevos temas y, quien después de haber adoptado el verso libre en su *Mundo de siete pozos*, todavía replantea sus formas

de expresión en una singular modalidad que ella misma llamó antisonetos, resulta muy poco plausible. No creo que Alfonsina se supiera gastada... porque no lo estaba.

Sus “Palabras prologales” a la antología de Espasa-Calpe revelan a una autora muy consciente de su oficio, dispuesta a no seguir repitiéndose pues consideraba que “lo peor que le puede acontecer a un poeta es tener, forzosamente, que imitarse”. Lúcida para valorarse a sí misma, se reconoce, sobre todo, el mérito de haber adoptado en toda su obra de la primera etapa “la posición crítica [...] de una mujer del siglo XX, frente a las tenazas todavía dulces, y a la vez enfriadas, del patriarcado”.

La explicación que precede a *Mascarilla y trébol* es un intento inteligente para ganarse a un lector acostumbrado a las melifluas imprecaciones del “corazón”: didactismo que ella sabía inútil y que revela –eso sí– más que el reconocimiento de un desgaste, su imperiosa necesidad de ser comprendida y respaldada en sus nuevos empeños poéticos.

Una enfermedad incurable, una falta de amor crónica y el cansancio vital que debió originarle su denodada lucha contra las reglas y convenciones de la época que le tocó vivir, parecen ser causas de mayor peso si tratáramos de adivinar los motivos que la llevaron a tomar la trágica determinación de suicidarse. En sus últimos versos indica que va a dormir “para olvidar”: a qué o a quién no lo sabremos nunca con certeza, pero todo forma parte del mito, de la leyenda romántica.

La verdadera Alfonsina, la que nos interesa, vive en el espacio autónomo de su literatura cuya importancia crece en la medida en que las escritoras argentinas y latinoamericanas buscan aquello que la estudiosa Alicia Genovese ha

denominado una genealogía y que requiere ser analizado fuera de la historia literaria tradicional puesto que como bien señala la investigadora, se trata de autoras que “aunque manejen los procedimientos literarios canónicos [...] algo les impide ser centro de ese canon, como si hablasen otra lengua materna, como si tuviesen un acento extranjero”.

En un artículo que forma parte del libro de ensayos *La doble voz: poetas argentinas en los ochenta*, Genovese nos previene del peligro y la intencionalidad que subyacen en la lectura de la obra literaria de Alfonsina (como también de otras autoras) bajo el prisma del suicidio como conclusión. “La textualidad filosa, fisuradora que hay en estas obras es absorbida, alisada de sus pliegues transgresivos por la imagen trágica que el relato cultural ha enfatizado.”

Y, efectivamente, es ostensible que canciones populares como la famosa *Alfonsina y el mar* o monografías como la ya citada de la española Carmen Conde tienden a reemplazar la imagen valiente de la mujer que con sus textos estaba inaugurando los fundamentos ideotemáticos de una conciencia de género para la literatura de lengua española, por otra mucho más inofensiva, de acentos lánguidos y románticos: la de la *poetisa* que ha ido a buscar nuevos poemas al mar, la historia de una “mujer enamorada que en vano intentó burlarse de lo que más le dolía: el corazón...”

Si bien en su ópera prima, *La inquietud del rosal*, Alfonsina Storni se nos muestra como la sufrida dama objeto del desdén y el abandono masculino (quien, sin embargo, sospecha vagamente “que la llama del placer se apaga / poquito a poco en el camino humano”) ya en *El dulce daño* (1918) un poema como “Capricho” nos señala una toma de

conciencia genérica que, valiéndose del recurso de la ironía, denuncia los estereotipos en los que el discurso patriarcal ha querido encasillar a la mujer:

Las mujeres lloramos sin saber, porque sí:
[...]
Bien se ve que tenemos adentro un mar oculto,
Un mar un poco torpe, ligeramente estulto,
[...]
Y hasta lo manejamos con una dúctil ciencia.
[...]
Sí, vanas mariposas sobre jardín de Enero,
Nuestro interior es todo sin equilibrio y huero.
[...]
Decorado en escamas de serpientes del mal.
Así somos, ¿no es cierto? Ya lo dijo el poeta:
Movilidad absurda de inconsciente coqueta.
[...]
Y en el cerebro tenemos de un poquito de estopa.
[...]

Todos estos versos constituyen el principio de una rebelión contra los lugares comunes de la discriminación intelectual femenina que, en ese mismo libro, encontraría su apoteosis en el famoso texto titulado *Tú me quieres blanca*. Aquí la autora se recrea en los símiles preferidos de la poesía romántica (espumas, nácares, azucenas y castidades) para contraponerlos a la orgía báquica en que se manifiesta la conducta sexual masculina:

[...]
Tú que el esqueleto
Conservas intacto
No sé todavía
Por cuáles milagros,
Me pretendes blanca
(Dios te lo perdone),
Me pretendes casta
(Dios te lo perdone),
Me pretendes alba.
[...]

Alfonsina Storni reclama una igualdad de actuación ante la pretendida solicitud de virginidad que se impone secularmente a la mujer. Utilizando los recursos de la poesía romántica y modernista abre paso a la transgresión e introduce un nuevo acento o un nuevo matiz dentro de unas estéticas caracterizadas por su imperturbabilidad en cuanto a los roles de género. Ya no habla la impasible princesa de Darío que espera, sumisa, por la “libélula vaga de una vaga ilusión” sino una mujer real, de carne y hueso, que exige un trato equitativo.

En este sentido, Alicia Genovese señala, en el caso de Alfonsina, la presencia de una *segunda voz*.

Su primera voz, dice, habla junto a Lugones y los nombres masculinos del Modernismo. La segunda voz molesta es, en parte al menos, la que le hace marcar a González Lanusa desde Sur un elemento de impureza estética, un residuo inorgánico no asimilado.

Genovese reconoce que, efectivamente, hay en Alfonsina una razón de ripio y de sobrante pero he aquí que es, precisamente, en esa “zona no transitada por la semantización poética” donde se elabora lo que la define como escritora.

Tal vez –añadiría yo– los conversacionalistas y los antipoetas de los años sesenta la hubieran juzgado con mayor benevolencia de lo que lo hicieron sus contemporáneos. La Storni utiliza con frecuencia un tono coloquial totalmente suyo y que, lógicamente, no podía ser del agrado de los puristas del modernismo, empeñados en una estética artificiosa que les hacía juzgar como deficiente toda irrupción de lo cotidiano en el universo poético.

Es curioso que esta irrupción de lo conversacional ocurra precisamente en los textos más transgresores de Alfonsina, como si lo no expresado hasta ahora buscara nuevas formas, nuevas vías de comunicación cada vez más alejadas de ese líquido aroma que ella se reconoce en las venas cuando habla a Rubén Darío, “ese amante al que se vuelve como la vez primera”.

Los dos libros posteriores a *El dulce daño* (*Irremediamente* y *Languidez*) revelan esta lucha entre las dos voces que se resuelve en textos muchas veces contradictorios. Alfonsina pasa con facilidad del sometimiento al desacato como si librara una lucha entre su “deber ser” y su verdadero yo.

Habrà que esperar a *Ocre* (1925) que muchos críticos, y hasta ella misma, consideran su mejor libro, para verla adoptar una postura más libre. En este cuaderno se reconoce, se autodefine, se insta en su propia imagen sin importarle demasiado parecerse a las otras mujeres, pasa de una posición pasiva a una activa, reconoce la importancia de la palabra y decide romper el cordón umbilical de la dependencia masculina cediendo irónicamente la supremacía: “Omnívoro naciste para llevar la cota / y yo el sexo pesado como carro de acero.”

Ocre es también el encuentro con un sentimiento solidario hacia otras mujeres: su madre, la novia, las musas de otros poetas. Parece reconfortarse con la idea de que “las grandes mujeres” deben soportar un destino doloroso y común, el de ser incomprendidas y luego abandonadas. La fortuna en el amor es directamente proporcional a la vocación de sometimiento:

[...]

Cuida mejor la casa la mujer que es modesta

Y no tiene una vida mental imaginada.

Si del hombre que adora se comprende engañada

Recibe lo que sobra, y a su lado se acuesta.

[...]

(“Y agrega la tercera”)

Dolorosas conclusiones que, sin embargo, conservan hoy una muy lamentable actualidad.

En este poemario Alfonsina Storni parece haber saldado cuentas con su propio yo y, al hacerlo, nos entrega un valioso documento lírico, fundador de la ya citada línea genealógica que las escritoras posteriores –casi todas preocupadas por los problemas de género– pueden fácilmente identificar. No hay en ninguna otra de sus contemporáneas, a pesar de sus indiscutibles aportes, una obra en la que el hecho de ser mujer pese tanto como en la de esta sarcástica y desdichada mujer.

En 1934, *Mundo de siete pozos* nos revela una Alfonsina ya mucho más segura de sí. Tal vez desengañada pero con la osadía suficiente para tomar al hombre como objeto, invertir la ecuación. Ensalza la belleza del cuerpo masculino, confiesa abiertamente su deseo:

[...]

Mi cuerpo: estalla
Cadenas de corazones
le ciñen la cintura.
La serpiente inmortal
se le enrosca al cuello...

(“Ecuación”)

Su poesía, sin renunciar al motivo central de sus preocupaciones que es la relación entre los sexos, se expande lentamente hacia otras temáticas: el mar, obstinado e invitador, pero también la ciudad como centro opresivo y falsificador.

En *Mascarilla y trébol* el tema del amor desaparece la primera página cuando Alfonsina reconoce haber caído en la trampa del sexo y quiere alejar a su poesía de toda exaltación romántica. Así, en el antisoneto dedicado “A Eros”¹, confiesa:

[...]

Como a un muñeco destripé tu vientre
y examiné sus ruedas engañosas
y muy envuelta en sus poleas de oro
hallé una trampa que decía: sexo.

[...]

De esta manera, su último libro nos mostrará a una nueva Alfonsina, una experimentadora del lenguaje, alguien empeñada en contemplar cada detalle con exactitud impresionista “como si fuera un organismo independiente que toma personería por su cuenta”.

Conjeturar hasta dónde hubiera llegado en sus empeños nuestra poetisa si no hubiera acabado con su vida en aquel mismo año, resulta superfluo. Alfonsina Storni tendrá que ser estudiada por su obra y no por lo que no pudo hacer.

Esta muestra de su poesía, que hemos querido ampliar, ofrecerá al lector la oportunidad de valorarla desde sus primeros balbuceos hasta sus truncadas metas reformuladoras.

Más que una exponente de la poesía femenina del modernismo o el postmodernismo o una vanguardia tardía, Alfonsina Storni es una fundadora. Su voz, nacida de la

rebelión y el desacato, descuella por su autenticidad y su valentía en medio de tantos artificios y convenciones literarias y vitales. A ella tendremos que agradecerle el “acento extranjero” que la separa de las corrientes poéticas imperantes en las primeras décadas de nuestro siglo porque es en él precisamente donde las inquietudes femeninas laten con mayor fuerza y vehemencia desbrozando el camino.

En ese camino que no tiene por qué conducirnos fatalmente al mar, deberemos internarnos para conocer la verdadera Alfonsina Storni: la de los libros y no la de las leyendas. Una poetisa que, denostada o alabada, resultará siempre imposible pasar por alto.

Marilyn Bobes

Notas

- 1 “A Eros”, *Mascarilla y trébol*. Madrid: Losada, 1938, p. 185.

Palabras prologales

Invitada gentilmente por la editorial Espasa-Calpe, Argentina, me decido, aunque a regañadientes, a publicar esta antología, la única que hasta hoy se ha hecho de mis poesías, seleccionadas por mí, pues la que hace algunos años imprimió en Barcelona otra casa, fue una pequeña muestra, separada allá, de mis primeros libros.

La inteligencia de que cuando un escritor no pueda celar su obra se la desnudarán extraños, sin atender a sus pudores, ha soplado mis reparos autocríticos, que son muchos.

Treinta años es, entre nosotros, el plazo concedido a un muerto para que se estremezca, desde sus neveras, por la coma de más o el punto de menos de la edición póstuma *X* de sus obras y destacar sus ramas legales a reparar la falta de sentido del soneto *Z*.

Pasado este plazo, al ciclón público pertenece su sembrado, y ya es mucho que podamos agradecer a éste que su buen ojo plomal se digne enderezar hacia nuestros solares y alzarnos con insectos, polillas y yerbajos.

Porque el verdadero antologador es el tiempo, mayoral que filtrará, si debe; o descargará sus aluviones de tierra, bienvenidos.

El valor de los creadores, por lo demás, no se mide por sus caídas, sino por el alcance, a lo alto, de sus catapultas y por lo insustituible de algunos de sus acentos, captaciones o alzamientos.

Y los temperamentos son diversos. Los hay que no han dado al público más de lo que debieron, son los menos y su actitud es muy urbana. Pero los hay mal educados, a lo Lope, que han puesto a trabajar a toda la familia literaria, a fin de que esta les desnude sus crestas, de clima sólo respirable para ceñidas minorías, sin que tal circunstancia haya disminuido sus valores trascendentales.

Dejando a unos y otros en sus empinadas cátedras, no está de más que declare aquí que tengo alguna preferencia por el sector de mi obra que se inicia con *Ocre* y, a contra-pelo de la opinión de la mayoría —lo sé—, marcada por el temperamento que se advierte en poesías incluidas en las páginas finales de esta selección, en parte inéditas, en parte pertenecientes a mi último libro. (Por mucho que renieguen de mi primer modo, sobrecargado de mieles románticas, debo reconocer, sin embargo, que trata aparejada la posición crítica, hecho universalmente difundido, de una mujer del siglo XX, frente a las tenazas todavía dulces, y a la vez enfriadas, del patriarcado.)

Pero retroceder a aquel, cuando ya la pluma lo ha desagotado, equivaldría a vivir plagiándose a sí mismo por la dominante razón de que un acento tocó directamente a la mayoría. Para quienes lo estimen en circulación está, que lo peor que le puede acontecer a un poeta es tener, forzosamente, que imitarse.

El panorama total de una obra es, por otra parte, cosa buena para el atalayado, aunque sus colinas sean desparejas, o documentales, más que esplendores de tal o cual

geografía, ya que desde el horizonte se ven llegar iniciales cauces que mueren en la llanura o, tras correr subterráneamente, reaparecen ensanchados en laguna. En este sentido, una ordenación antológica es, para el rastreador crítico, un ahorrante y lindo “belvedere”.

Con mis cortesías, y muy finas, para el Mayoral, abro, pues, la ducha helada y me aguanto.

Alfonsina Storni

Breve explicación

Por el juicio general –no de minoría– recogido a raíz de la publicación de algún poema de este libro en diarios y revistas, preveo que va a ser tildado de oscuro.

Yo pediría al dialogante amigo una lectura detenida de él: todo tiene aquí un sentido, una lógica, aunque por momentos se apoye en conocimientos, ideas, símbolos, que, se supone, están en la alacena mental del lector.

Desde luego que alguna parte de este volumen necesita de la colaboración imaginativa, en cierto modo creadora, del que lo transita.

Pero, ¿acaso la sensibilidad y cultura medias del público no están pidiendo eso: colaborar con el escritor, el plástico, el músico, etcétera? (Los movimientos vanguardistas en arte y política se apoyan en el hecho social de esta colaboración, cada vez más exigida.)

Distracción sería señalar el temperamento de estos antisonetos de postura literaria: me han brotado vitalmente en contenido y forma, casi en estado de trance (el empuje de la idea creó de por sí la manera suelta) ya que escribí la mayoría en pocos minutos, a lápiz, en un lugar público, un vehículo en movimiento, o en mi lecho despertando a deshora; aunque cepillarlos me haya demandado meses.

En el último par de años cambios psíquicos fundamentales se han operado en mí: en ello hay que buscar la clave de esta relativamente nueva dirección lírica y no en corrientes externas arrastradoras de mi personalidad verdadera.

¿Será necesario insinuar que poesías como “Una lágrima”, “Una oreja”, “Un diente”, que contempla el detalle como si fuera un organismo independiente que toma personería por su cuenta, podrían equivaler a esas novelas, pongo por caso, que se desarrollan en unas cuantas horas en la imaginación del protagonista? Pero la exaltación de aquel micromundo tampoco ha sido deliberadamente pretendido.

Todo mundo, por otra parte, se expresa por sí mismo, si no inmediata, mediatamente: y acaso este introito esté de más. Es como si un corazón sensiblemente agitado y estallante se empeñara en querer certificar que las mareas que lo turban suben de sus legítimos torrentes.

Alfonsina Storni

Poesías
(1916 - 1921)



LA DULCE VISIÓN

¿Dónde estará lo que persigo ciega?
–Jardines encantados, mundos de oro–
Todo lo que me cerca es incoloro.
Hay otra vida. ¿Allí cómo se llega?

Un perfume divino el alma anega:
Olor de estrellas, un rosado coro
De Dianas fugitivas; el espora
Viviente aún de la delicia griega.

¿Dónde estará ese mundo que persigo?
El sueño voluptuoso va conmigo
Y me ciñen las rosas de su brazo.

Y mientras danzo sobre césped fino
Fuera del alma acecha mi destino
Y la Gran Cazadora mueve el lazo.

CONVERSACIÓN

Dios te perdone al fin tanta tortura;
Bien que a tu mano la movió el despecho
Y daga fina hundísteme en el pecho.
Que no te sea la existencia dura.

Que una vez más conozca la amargura
Importa poco; el corazón deshecho;
Aprende más con tu impiedad. Bien hecho;
Gracias, amigo, que esto me depura.

Iba teniendo una sospecha vaga
De que la llama del placer se apaga
Poquito a poco en el camino humano.

Temblaba acaso por su leve abrigo,
Pero inquietud me ahorras, buen amigo,
Que de un golpe la ciegas con tu mano.

LA INÚTIL PRIMAVERA

Veintiocho veces van que yo la veo
Trabajando capullos del rosal:
Llegó cumpliendo ardiente mi deseo,
Cuando la tuve todo ha sido igual.

Preparé un himno y se murió en gorjeo,
Me eché a ser río y terminé canal.
—En otra primavera... Devaneo.
Ya está de nuevo y sigo con mi mal.

Veintiocho veces van. De diez ya guardo
Memoria triste de aquel paso tardo
Con que los días del invierno van

Hollando el alma para hacerle casa.
Veintiocho veces van que inútil pasa.
¿Cuántas por verla aún me faltarán?

TREN

Marcha el tren: apoyada
En una ventanilla,
Sueño.

Nada:
Rieles, plantas, gramilla,
El paisaje risueño,
No mueven mi mirada.

Traza el tren una curva
Y asomo la cabeza:
Allá lejos me turba,
Tiznando mi tristeza,
La visión esfumada
De la ciudad dejada.

Dejo mi amor... El tren
Se mueve lentamente.
Gritan mi nombre. ¿Quién?
Abandono la frente
Sobre mi brazo y digo:
—¡Avanza ferozmente,
Tren, y acaba conmigo!

La inquietud del rosal
(1916)



LA INQUIETUD DEL ROSAL

El rosal en su inquieto modo de florecer
va quemando la savia que alimenta su ser
¡Fijaos en las rosas que caen del rosal:
Tantas son que la planta morirá de este mal!
El rosal no es adulto y su vida impaciente
se consume al dar flores precipitadamente.

LO INACABABLE

No tienes tú la culpa si en tus manos
mi amor se deshojó como una rosa:
Vendrá la primavera y habrá flores...
El tronco seco dará nuevas hojas.

Las lágrimas vertidas se harán perlas
de un collar nuevo; romperá la sombra
un sol precioso que dará a las venas
la savia fresca, loca y bullidora.

Tú seguirás tu ruta; yo la mía
y ambos, libertos, como mariposas
perderemos el polen de las alas
y hallaremos más polen en la flora.

Las palabras se secan como ríos
y los besos se secan como rosas,
pero por cada muerte siete vidas
buscan los labios demandando aurora.

Mas... ¿lo que fue? ¡Jamás se recupera!
¡Y toda primavera que se esboza
es un cadáver más que adquiere vida
y es un capullo más que se deshoja!

CLAROR LUNAR

Lirios, lirios, más lirios... llueven lirios...
La noche es blanca como la ilusión
y flota la dulzura del perdón
sobre el llanto de todos los martirios.

Hay una vaga claridad de cirios...
La luna es una hostia en comunión
y el alma se recoge con unción
castigada por todos los delirios.

Y es bajo el claro de la luna suave
cuando el poeta que medita sabe
las tristezas enormes de Pierrot.

Y cuando le asesina la agonía
de las nostalgias blancas de María
y las nostalgias rojas de Margot.

El dulce daño
(1918)



ESTE GRAVE DAÑO

Este grave daño que me da la vida
Es un dulce daño, porque la partida
Que debe alejarme de la misma vida
Más cerca tendré.

Yo llevo las manos brotadas de rosas,
Pero están libando tantas mariposas
Que cuando por secas se acaben mis rosas
Ay, me secaré.

SÁBADO

Me levanté temprano y anduve descalza
Por los corredores; bajé a los jardines
Y besé las plantas;
Absorbí los vahos limpios de la tierra,
Tirada en la grama;
Me bañé en la fuente que verdes achiras
Circundan. Más tarde, mojados de agua
Peiné mis cabellos. Perfumé las manos
Con zumo oloroso de diamelas. Garzas
Quisquillosas, finas
De mi falda hurtaron doradas migajas.
Luego puse traje de clarín más leve
Que la misma gasa.
De un salto ligero llevé hasta el vestíbulo
Mi sillón de paja.
Fijos en la verja mis ojos quedaron,
Fijos en la verja.
El reloj me dijo: diez de la mañana.
Adentro un sonido de loza y cristales:
Comedor en sombra; manos que aprestaban
Manteles.
 Afuera, sol como no he visto
Sobre el mármol blanco de la escalinata.
Fijos en la verja siguieron mis ojos,
Fijos. Te esperaba.

PRIMAVERA

¿Vendrás tú? Por mis jardines vuelan
Ya las primeras mariposas
Sobre las rosas.

Velan

De noche los cocuyos
Entre los yuyos.
Sonríen las estrellas
Pálidamente bellas.

¿Y vendrás tú? Se cubren
Alegres, mis floreros
De madre selvas.
Anda por los largos canteros
La risa azul del nomeolvides
Y se cargan las vides.

Selvas

Tengo en el corazón;
Árboles gruesos
Prietos de ramas;
Yuyos, retamas,
Flores de malvón,
Pájaros en las ramas,
Todo eso tengo en el corazón.

¿Y vendrás tú?

Mis manos

Fabricaron panales.

Yendo de rosa en rosa cogí miel;
Hice linos; no recuerdo de males.

El lecho mío es blanco
Y es Primavera. Huele
Bien, el alto barranco
Mojado por la ría.
Desde el mar que diviso
¿Vendrá tu vela?
Vuela,
Primavera es gacela
Fugitiva
Y furtiva,
¡Vuela!

DIME

Dime al oído la palabra dulce;
Camoatí zumbador,
Las letras que se asomen a tus labios
Han de oler a malvón,
Y empacarán insectos en el rojo
Panal del corazón.
Dime al oído la palabra tenue,
Gasa, bruma, vapor...
Fineza de sus signos como leves
Alas de mariposa en la tensión
Del vuelo recto. Peligrosa tela
Urdida en los telares del amor.
Ay, que en los finos hilos de la malla,
Puede morir sin aire el corazón.
Dime al oído de palabras todas
La palabra mejor.
Si puedes, que se escurra de los labios
Modulada sin voz.
Música, de tu boca a mis oídos
todas las palabras son.
Música que adormece bajo el fino,
Rubio vellón,
De los cabellos de la primavera:
Gracia y olor.

CAPRICHO

Escrútame los ojos, sorpréndeme la boca,
Sujeta entre tus manos esta cabeza loca;
Dame a beber, el malvado veneno
Que te moja los labios a pesar de ser bueno.

Pero no me preguntes, no me preguntes nada
De por qué lloré tanto en la noche pasada;
Las mujeres lloramos sin saber, porque sí:
Es esto de los llantos pasaje baladí.

Bien se ve que tenemos adentro un mar oculto,
Un mar un poco torpe, ligeramente estulto,
Que se asoma a los ojos con bastante frecuencia
Y hasta lo manejamos con una dúctil ciencia.

No preguntes, amado, lo debes sospechar;
En la noche pasada no estaba quieto el mar.
Nada más. Tempestades que las trae y las lleva
Un viento que nos marca cada vez costa nueva.
Sí, vanas mariposas sobre jardín de Enero,
Nuestro interior es todo sin equilibrio y huero.
Luz de cristalería, fruto de carnaval
Decorado en escamas de serpientes del mal.
Así somos, ¿no es cierto? Ya lo dijo el poeta:
Movilidad absurda de inconsciente coqueta.
Deseamos y gustamos la miel de cada copa
Y en el cerebro tenemos un poquito de estopa.
Bien; no, no me preguntes. Torpeza de mujer,

Capricho, amado mío, capricho debe ser.
Oh, déjame que ría... ¿No ves qué tarde hermosa?
Espínate las manos y córtame esa rosa.

EL LLAMADO

Es noche, tal silencio
Que si Dios parpadeara
Lo oyera. Yo paseo.
En la selva, mis plantas
Pisan la hierba fresca
Que salpica rocío.
Las estrellas me hablan
Y me beso los dedos,
Finos de luna blanca.

De pronto soy herida...
Y el corazón se para,
Se enroscan mis cabellos,
Mis espaldas se agrandan;
Oh, mis dedos florecen,
Mis miembros echan alas,
Voy a morir ahogada
Por luces y fragancias...

Es que en medio a la selva
Tu voz dulce me llama...

TÚ Y YO

Mi casa está llena de mirtos,
La tuya está llena de rosas;
¿Has visto a mis blancas ventanas
Llegar tus palomas?

Tu casa está llena de lirios,
La mía sonrío amapolas.
¿Has visto rondando en mis patios
Ramas de tus frondas?

De mármoles blancos y negros
Tu casa vetusta se adorna,
Y mármoles blancos y negros
Llevan a mi alcoba.

Si luces enciende tu casa
Mi casa de luz se corona.
¿No sientes llegar de la mía
Sonidos de loza?

De día, de tarde, de noche
Te sigo por selvas y frondas.
¿No hueles que exhalan mis labios
Profundos aromas?

De día, de tarde, de noche
Te sigo por selvas y frondas.
¿No sientes que atrás de tus pasos
Se quiebran las hojas?

¿No has visto regadas tus plantas,
De frutas cargadas las moras,
Sin matas las sendas, las ramas
Henchidas de pomas?

Cuidando tu casa en silencio
Me encuentra despierta la aurora.
Cuidando en silencio tus plantas,
Podando tus rosas.

Tu casa proyecta en mi casa
De tarde, alargada, su sombra,
Y nunca miraste sus muros
Cargados de rosas.

Igual a tus patios mis patios
Que surcan iguales palomas,
Y nunca has mirado mi casa,
Cortando mis rosas.

Igual a tus lirios mis lirios
Que iguales octubres enfloran...
Y nunca has mirado mi casa,
Cortado mis rosas...

DULCE TORTURA

Polvo de oro en tus manos fue mi melancolía;
Sobre tus manos largas desparramé mi vida;
Mis dulzuras quedaron a tus manos prendidas;
Ahora soy un ánfora de perfumes vacía.

Cuánta dulce tortura quietamente sufrida,
Cuando, picada el alma de tristeza sombría,
Sabedora de engaños, me pasaba los días
¡Besando las dos manos que me ajaban la vida!

TU DULZURA

Camino lentamente por la senda de acacias,
Me perfuman las manos sus pétalos de nieve,
Mis cabellos se inquietan bajo céfiro leve
Y el alma es como espuma de las aristocracias.

Genio bueno: este día conmigo te congracias,
Apenas un suspiro me torna eterna y breve...
¿Voy a volar acaso ya que el alma se mueve?
En mis pies cobran alas y danzas las tres Gracias.

Es que anoche tus manos, en mis manos de fuego,
Dieron tantas dulzuras a mi sangre, que luego,
Llenóseme la boca de mieles perfumadas.

Tan frescas que en la limpia madrugada de Estío
Mucho temo volverme corriendo al caserío
Prendidas en mis labios mariposas doradas.

¡OH, TÚ!

Oh, tú que me subyugas. ¿Por qué has llegado tarde?
¿Por qué has venido ahora cuando el alma no arde,
Cuando rosas no tengo para hacerte con ellas
Una alegre guirnalda salpicada de estrellas?

Oh tú, de la palabra dulce como el murmullo
Del agua de la fuente; dulce como el arrullo
De la torcaza; dulce como besos dormidos
Sobre dos manos pálidas protectoras de nidos.

Oh tú, que con tus manos puedes tomar mi testa
Y hacerle brotar flores como un árbol en fiesta
Y hacer que entre mis labios se arquee la sonrisa
Como un cielo nublado que de pronto se irisa.

¿Por qué has llegado tarde? ¿Por qué has venido ahora
Cuando he sido vencida por llama destructora,
Cuando he sido arrasada por el fuego divino
Y voy, cegada y triste, por un negro camino?

Yo quiero, Dios de dioses, que me hagan nueva toda.
Que me tejan con lirios; me sometán a poda
Las manos del Misterio; que me resten maleza.
Tus labios no se hicieron para curar tristeza.

Para tus labios, agua de una pureza suma.
Para tus labios, copas de cristal y la espuma
Blanquísima de un alma que no sepa de abejas,

Ni de mieles, ni sepa de las flores bermejas.
Para tus manos, esas que nunca amortajaron;
Para tus ojos, esos, los que nunca lloraron;
Para tus sueños, sueños como cisnes de oro;
Para que tus pupilas persiguieran mis rastros,

Oh si luego mis pétalos que estrujaran tus manos,
Adquirieran por magia poderes sobrehumanos
Y hechos luz se aferraran a la luz de los astros
Para que tus pupilas persiguieran mis rastros.

Bienvenida la muerte que al sorberme me dieras;
Bienvenido tu fuego que agosta primavera;
Bienvenido tu fuego que mata los rosales:
Que todas las corolas se acerquen a tus males.

Oh tú, a quien idolatro por sobre la existencia,
Oh tú, por quien deseo renovada mi esencia,
¿Por qué has llegado ahora cuando no he de lograr
El divino suplicio de verme deshojar?...

VIAJE FINIDO

¿Qué hacen tus ojos largos de mirarme?
¿Qué hace tu lengua, de llamarme, larga?
¿Qué hacen tus manos largas de tenderse
Hasta mis llamas?

¿Qué hace tu sombra larga tras mi sombra?
¿Por qué rondas mi casa?
En el beso de ayer hice mi viaje.
Conozco tu alma.

¿Para qué más? He terminado el viaje.
Tus catacumbas inundadas de aguas
Muertas, oscuras, cenagosas, fueron
Con mis manos palpadas.

Tus manos ni se acerquen a las mías,
Apártame tus ojos, tus palabras...
Los mohos de tus zócalos secaron
Raíces de mis plantas.

Odio tus ojos largos.
Odio tus manos largas.
Odio tus catacumbas
Llenas de agua.

TÚ ME QUIERES BLANCA

Tú me quieres alba,
Me quieres de espumas,
Me quieres de nácar.
Que sea azucena
Sobre todas, casta.
De perfume tenue.
Corola cerrada.

Ni un rayo de luna
Filtrado me haya.
Ni una margarita
Se diga mi hermana.
Tú me quieres nívea,
Tú me quieres blanca,
Tú me quieres alba.

Tú que hubiste todas
Las copas a mano,
De frutos y mieles
Los labios morados.
Tú que en el banquete
Cubierto de pámpanos
Dejaste las carnes
Festejando a Baco.

Tú que en los jardines
Negros del Engaño
Vestido de rojo
Corriste al Estrago.

Tú que el esqueleto
Conservas intacto
No sé todavía
Por cuáles milagros,
Me pretendes blanca
(Dios te lo perdone),
Me pretendes casta
(Dios te lo perdone),
Me pretendes alba.

Huye hacia los bosques;
Vete a la montaña;
Límpiate la boca;
Vive en las cabañas;
Toca con las manos
La tierra mojada;
Alimenta el cuerpo
Con raíz amarga;
Bebe de las rocas;
Duerme sobre escarcha;
Renueva tejidos
Con salitre y agua;
Habla con los pájaros
Y lévate al alba.
Y cuando las carnes

Te sean tornadas,
Y cuando hayas puesto
En ellas el alma
Que por las alcobas
Se quedó enredada,
Entonces, buen hombre,
Preténdeme blanca,
Preténdeme nívea,
Preténdeme casta.

TENTACIÓN

Afuera llueve; cae pesadamente el agua
Que las gentes esquivan bajo abierto paragua.
Al verlos enfilados se acaba mi sosiego,
Me pesan las paredes y me seduce el riego
Sobre la espalda libre. Mi antecesor, el hombre
Que habitaba cavernas desprovisto de nombre,
Se ha venido esta noche a tentarme sin duda,
Porque, casta y desnuda,
Me iría por los campos bajo la lluvia fina,
La cabellera alada como una golondrina.

¿QUÉ DIRÍA?

¿Qué diría la gente, recortada y vacía,
Si en un día fortuito, por ultra fantasía,
Me tiñera el cabello de plateado y violeta,
Usara peplo griego, cambiara la peineta
Por cintillo de flores; miosotis o jazmines,
Cantara por las calles al compás de violines,
O dijera mis versos recorriendo las plazas
Libertado mi gusto de vulgares mordazas?

¿Irían a mirarme cubriendo las aceras?
¿Me quemarían como quemaron hechiceras?
¿Campanas tocarían para llamar a misa?

En verdad que pensarlo me da un poco de risa.

CUADRADOS Y ÁNGULOS

Casas enfiladas, casas enfiladas,

Casas enfiladas.

Cuadrados, cuadrados, cuadrados.

Casas enfiladas.

Las gentes ya tienen el alma cuadrada,

Ideas en fila

Y ángulo en la espalda.

Yo misma he vertido ayer una lágrima,

Dios mío, cuadrada.

ASPECTO

Vivo dentro de cuatro paredes matemáticas
Alineadas a metro. Me rodean apáticas
Almillas que no saben ni un ápice siquiera
De esta fiebre azulada que nutre mi quimera.

Gasto una piel postiza que la listo de gris.
(Cuervo que bajo el ala guarda una flor de lis
Me causa cierta risa mi pico fiero y torvo,
Que yo misma me creo para farsa y estorbo.)

PRESENTIMIENTO

Tengo el presentimiento que he de vivir muy poco.
Esta cabeza mía se parece al crisol,
Purifica y consume.
Pero sin una queja, sin asomo de horror,
Para acabarme quiero que una tarde sin nubes,
Bajo el límpido sol,
Nazca de un gran jazmín una víbora blanca
Que dulce, dulcemente, me pique el corazón.

OVEJA DESCARRIADA

Oveja descarriada, dijeron por ahí.
Oveja descarriada. Los hombros encogí.

En verdad descarriada. Que a los bosques salí;
Estrellas de los cielos en los bosques pací.

En verdad descarriada. Que el oro que cogí
No me duró en las manos y a cualquiera lo di.

En verdad descarriada, que tuve para mí
El oro de los cielos por cosa baladí.

En verdad descarriada, que estoy de paso aquí.

Irremediabilmente

(1919)



ESTE LIBRO

Me vienen estas cosas del fondo de la vida:
Acumulado estaba, yo me vuelvo reflejo...
Agua continuamente cambiada y removida;
Así como las cosas, es mudable el espejo.

Momentos de la vida aprisionó mi pluma,
Momentos de la vida que se fugaron luego,
Momentos que tuvieron la violencia del fuego
O fueron más livianos que los copos de espuma.

En todos los momentos donde mi ser estuvo,
En todo esto que cambia, en todo esto que muda,
En toda la sustancia que el espejo retuvo,
Sin ropajes, el alma está limpia y desnuda.

Yo no estoy y estoy siempre en mis versos, viajero,
Pero puedes hallarme si por el libro avanzas
Dejando en los umbrales tus fieles y balanzas:
Requieren mis jardines piedad de jardinero.

SILENCIO

Un día estaré muerta, blanca como la nieve,
Dulce como los sueños en la tarde que llueve.

Un día estaré muerta, fría como la piedra,
Quieta como el olvido, triste como la hiedra.

Un día habré logrado el sueño vespertino,
El sueño bien amado donde acaba el camino.

Un día habré dormido con un sueño tan largo
Que ni tus besos puedan avivar el letargo.

Un día estaré sola, como está la montaña
Entre el largo desierto y la mar que la baña.

Será una tarde llena de dulzuras celestes,
Con pájaros que callan, con tréboles agrestes.

La primavera, rosa, como un labio de infante,
Entrará por las puertas con su aliento fragante.

La primavera rosa me pondrá en las mejillas
—¡La primavera rosa!— dos rosas amarillas...

La primavera dulce, la que me puso rosas
Encarnadas y blancas en las manos sedosas.

La primavera dulce que me enseñara a amarte,
La primavera misma que me ayudó a logarte.

¡Oh la tarde postrera que imagino yo muerta
Como ciudad en ruinas, milenaria y desierta!

¡Oh la tarde como esos silencios de laguna
Amarillos y quietos bajo el rayo de luna!

¡Oh la tarde embriagada de armonía perfecta:
¡Cuán amarga es la vida! Y la muerte ¡qué recta!

La muerte justiciera que nos lleva al olvido
Como el pájaro errante lo acogen en el nido...

Y caerá en mis pupilas una luz bienhechora,
La luz azul celeste de la última hora.

Una luz tamizada que bajando del cielo
Me pondrá en las pupilas la dulzura de un velo.

Una luz tamizada que ha de cubrirme toda
Con su velo impalpable como un velo de boda.

Una luz que en el alma musitará despacio:
La vida es una cueva, la muerte es el espacio.

Y que ha de deshacerme en calma lenta y suma
Como en la playa de oro se deshace la espuma.

Oh, silencio, silencio... esta tarde es la tarde
En que la sangre mía ya no corre ni arde.

Oh, silencio, silencio... en torno de mi cama
Tu boca bien amada dulcemente me llama.

Oh silencio, silencio que tus besos sin ecos
Se pierden en mi alma temblorosos y secos.

Oh silencio, silencio que la tarde se alarga
Y pone sus tristezas en tu lágrima amarga.

Oh, silencio, silencio que se callan las aves.
Se adormecen las flores, se detienen las naves.

Oh silencio, silencio que una estrella ha caído
Dulcemente a la tierra, dulcemente y sin ruido.

Oh silencio, silencio que la noche se allega
Y en mi lecho se esconde, susurra, gime y ruega.

Oh silencio, silencio... que el Silencio me toca
Y me apaga los ojos, y me apaga la boca.

Oh silencio, silencio... que la calma destilan
Mis manos cuyos dedos lentamente se afilan...

MELANCOLÍA

Oh, muerte, yo te amo, pero te adoro, vida...
Cuando vaya en mi caja para siempre dormida,
Haz que por vez postrera
Penetre en mis pupilas el sol de primavera.

Déjame algún momento bajo el calor del cielo,
Deja que el sol fecundo se estremezca en mi hielo...
Era tan bueno el astro que en la aurora salía
A decirme: buen día.

No me asusta el descanso, hace bien el reposo,
Pero antes que me bese el viajero piadoso
Que todas las mañanas,
Alegre como un niño, llegaba a mis ventanas.

SOY ESA FLOR

Tu vida es un gran río, va caudalosamente,
A su orilla, invisible, yo broto dulcemente.
Soy esa flor perdida entre juncos y achiras
Que piadoso alimentas, pero acaso ni miras.

Cuando creces me arrastras y me muero en tu seno,
Cuando secas me muero poco a poco en el cieno;
Pero de nuevo vuelvo a brotar dulcemente
Cuando en los días bellos vas caudalosamente.

Soy esa flor perdida que brota en tus riberas
Humilde y silenciosa todas las primaveras.

PESO ANCESTRAL

Tú me dijiste: no lloró mi padre;
Tú me dijiste: no lloró mi abuelo;
No han llorado los hombres de mi raza,
Eran de acero.

Así diciendo te brotó una lágrima
Y me cayó en la boca... más veneno
Yo no he bebido nunca en otro vaso
Así pequeño.

Débil mujer, pobre mujer que entiende,
Dolor de siglos conocí al beberlo;
Oh, el alma mía soportar no puede
Todo su peso.

DATE A VOLAR

Anda, date a volar, hazte una abeja;
En el jardín florecen amapolas,
Y el néctar fino colma las corolas;
Mañana el alma tuya estará vieja.

Anda, suelta a volar, hazte paloma,
Recorre el bosque y picotea granos,
Come migajas en distintas manos,
La pulpa muerde de fragante poma.

Anda, date a volar, sé golondrina,
Busca la playa de los soles de oro,
Gusta la primavera y su tesoro,
La primavera es única y divina.

Mueres de sed: no he de oprimirte tanto...
Anda, camina por el mundo, sabe;
Dispuesta sobre el mar está tu nave:
Date a bogar hacia el mejor encanto.

Corre, camina más, es poco aquello...
Aún quedan cosas que tu mano anhela,
Corre, camina, gira, sube y vuela:
Gústalo todo porque todo es bello.

Echa a volar... mi amor no te detiene,
¡Cómo te entiendo, Bien, cómo te entiendo!
Llore mi vida... el corazón se apene...
Date a volar, Amor, yo te comprendo.

Callada el alma... el corazón partido,
Suelto tus alas... ve... pero te espero.
¿Cómo traerás el corazón, viajero?
Tendré piedad de un corazón vencido.

Para que tanta sed bebiendo cures
Hay numerosas sendas para ti...
Pero se hace la noche; no te apures...
Todas traen a mí...

SUBCONCIENCIA

Has hablado, has hablado y me he dormido,
Pero duermo y no duermo, porque siento
Que estoy bajo el supremo pensamiento:
Vivo, viviré siempre y he vivido.

Has hablado, has hablado y he caído
En un marasmo... cede hasta el aliento.
Tiempo atrás, en las sombras, me he perdido:
Estoy ciega. No tengo sentimiento.

Como el espacio soy, como el vacío,
Es una sombra todo el cuerpo mío
Y puedo como el humo levantarme:

Oigo soplos etéreos... sobrehumanos...
Sujétame a la tierra con tus manos,
Que si el viento se mueve ha de llevarme.

EL HOMBRE SOMBRÍO

Altivo ese que pasa, miradlo al hombre mío.
En sus manos se advierten orígenes preclaros.
No le miréis la boca porque podéis quemaros,
No le miréis los ojos, pues moriréis de frío.

Cuando va por los llanos tiembla el cauce del río,
Las sombras de los bosques se convierten en claros,
Y al cruzarlos, soberbio, jugueteando a disparos,
Las fieras se acurrucan bajo su aire sombrío.

Ama a muchas mujeres, no domina su suerte,
En una primavera lo alcanzará la muerte
Coronado de pámpanos, entre vinos y fruta.

Mas mi mano de amiga, que destrona sus galas,
Donde aceros tenía le mueve un brote de alas
Y llora como el niño que ha extraviado la ruta.

MODERNA

Yo danzaré en alfombra de verdura;
Ten pronto el vino en el cristal sonoro,
Nos beberemos el licor de oro
Celebrando la noche y su frescura.

Yo danzaré como la tierra pura,
Como la tierra yo seré un tesoro,
Y en darme pura no hallaré desdoro,
Que darse es una forma de la Altura.

Yo danzaré para que todo olvides
Y habré de darte la embriaguez que pides
Hasta que Venus pase por los cielos.

Mas algo acaso te será escondido,
Que pagana de un siglo empobrecido
No dejaré caer todos los velos.

HOMBRE PEQUEÑITO

Hombre pequeño, hombre pequeño,
Suelta a tu canario que quiere volar...
Yo soy el canario, hombre pequeño,
Déjame saltar.

Estuve en tu jaula, hombre pequeño,
Hombre pequeño, que jaula me das.
Digo pequeño porque no me entiendes,
Ni me entenderás.

Tampoco te entiendo, pero mientras tanto
Ábreme la jaula que quiero escapar;
Hombre pequeño, te amé un cuarto de ala;
No me pidas más.

EL DIVINO AMOR

Te ando buscando, amor que nunca llegas,
Te ando buscando, amor que te mezquinas,
Me aguzo por saber si me adivinas,
Me doblo por saber si te me entregas.

Las tempestades mías, andariegas,
Se han aquietado sobre un haz de espinas;
Sangran mis carnes gotas purpurinas
Porque a salvarte, oh niño, te me niegas.

Mira que estoy de pie sobre los leños,
Que a veces bastan unos pocos sueños
Para encender la llama que me pierde.

Sálvame, amor, y con tus manos puras
Trueca este fuego en límpidas dulzuras
Y haz de mis leños una rama verde.

VEINTE SIGLOS

Para decirte, amor, que te deseo,
Sin los rubores falsos del instinto,
Estuve atada como Prometeo,
Pero una tarde me salí del cinto.

Son veinte siglos que movió mi mano
Para poder decirte sin rubores:
«Que la luz edifique mis amores.»
¡Son veinte siglos los que alzó mi mano!

Pasan las flechas sobre mis cabellos,
Pasan las flechas, aguzados dardos...
¡Son veinte siglos de terribles fardos!
Sentí su peso al liberarme de ellos.

ODIO

Oh, primavera de las amapolas,
Tú que floreces para bien mi casa,
Luego que enjoys las corolas,
Pasa.

Beso, la forma más voraz del fuego,
Clava sin miedo tu endiablada espuela,
Quema mi alma, pero luego,
Vuela.

Risa de oro que movable y loca
Sueñas el alma, de las sombras, presa,
En cuanto asomes a la boca,
Cesa.

Lástima blanda del error amante
Que a cada paso el corazón diluye,
Vuelca tus mieles y al instante,
Huye.

Odio tremendo, como nada fosco,
Odio que truecas en puñal la seda,
Odio que apenas te conozco,
Queda.

PIEDRA MISERABLE

Oh, piedra dura, miserable piedra,
Yo te golpeo, te golpeo en vano,
Y es inútil la fuerza de mi mano,
Oh piedra dura, miserable piedra.

Pero haces bien, oh miserable piedra,
Deja que tiene un golpe sobrehumano,
Deja golpear, deja golpear mi mano,
Oh piedra dura, miserable piedra.

No me des nada, miserable piedra,
Guarda un silencio altivo y soberano,
No te ablandes jamás entre mi mano;
Oh piedra dura, miserable piedra.

Con tu impiedad, oh miserable piedra,
Recobro alientos y el deseo gano,
No te dejes caer sobre mi mano,
Mezquina, estulta, miserable piedra.

Si un día torpe, miserable piedra,
Te venciera la fuerza del verano
Y cayeras a gotas en mi mano
Yo te odiaría, miserable piedra...

BIEN PUDIERA SER...

Pudiera ser que todo lo que en verso he sentido
No fuera más que aquello que nunca pudo ser,
No fuera más que algo vedado y reprimido
De familia en familia, de mujer en mujer.

Dicen que en los solares de mi gente, medido
Estaba todo aquello que se debía hacer...
Dicen que silenciosas las mujeres han sido
De mi casa materna... Ah, bien pudiera ser...

A veces en mi madre apuntaron antojos
De liberarse, pero, se le subió a los ojos
Una honda amargura, y en la sombra lloró.

Y todo eso mordiente, vencido, mutilado,
Todo eso que se hallaba en su alma encerrado,
Pienso que sin quererlo lo he libertado yo.

Languidez
(1920)



GOTA

El día que te acerques
Vendrán mujeres muchas,
Vendrán morenas bellas
Y vendrán dulces rubias.

A disputarte; y ellas,
Harán, con donosura
Tu elogio, por logarte,
Sin acertar ninguna.

Y yo no tendré miedo
De morenas ni rubias,
Pues cerraré los ojos
Y te diré: –Soy tuya.

EL LEÓN

A Clemente Onelli

Entre barrotes negros, la dorada melena
Paseas lentamente, y te tiendes por fin
Descansando los tristes ojos sobre la arena
Que brilla en los angostos senderos del jardín.

Bajo el sol de la tarde te has quedado sereno
Y ante tus ojos pasa, fresca y primaveral,
La niña de quince años con su esponjado seno:
¿Sueñas echarle garras, oh goloso animal?

Miro tus grandes uñas, inútiles y corvas;
Se abren tus fauces; veo el inútil molar,
E inútiles como ellos van tus miradas torvas
A morir en el hombre que te viene a mirar.

El hombre que te mira tiene las manos finas,
Tiene los ojos fijos y claros como tú.
Se sonríe al mirarte. Tiene las manos finas,
León, los ojos tiene como los tienes tú.

Un día, suavemente, con sus corteses modos
Hizo el hombre la jaula para encerrarte allí,
Y ahora te contempla, apoyado de codos,
Sobre el hierro prudente que lo aparta de ti.

No cede. Bien lo sabes. Diez veces en un día
Tu cuerpo contra el hierro carcelario se fue:
Diez veces contra el hierro fue inútil tu porfía.
Tus ojos, muy lejanos, hoy dicen: ¿para qué?

No obstante, cuando corta el silencio nocturno
El rugido salvaje de algún otro león,
Te crees en la selva, y el ojo, taciturno,
Se te vuelve en la sombra encendido carbón.

Entonces como otrora, se te afinan las uñas,
Y la garganta seca de una salvaje sed,
La piedra de tu celda vanamente rasguñas
Y tu zarpazo inútil retumba en la pared.

Los hijos que te nazcan, bestia caída y triste,
De la leona esclava que por hembra te dan,
Sufrirán en tu carne lo mismo que sufriste,
Pero garras y dientes más débiles tendrán.

¿Lo comprendes y ruges? ¿Cuándo escuálido un gato
Pasa junto a tu jaula huyendo de un mastín
Y a las ramas se trepa, se te salta al olfato
Que así puede tu prole ser de mísera y ruin?

Alguna vez te he visto durmiendo tu tristeza,
La melena dorada sobre la piedra gris,
Abandonado el cuerpo con la enorme pereza
Que las siestas de fuego tienen en tu país.

Y sobre tu salvaje melena enmarañada
Mi cuello delicado sintió la tentación
De abandonarse al tuyo, yo como tú, cansada,
De otra jaula más vasta que la tuya, león.

Como tú contra aquella mil veces he saltado.
Mil veces, impotente, me volví a acurrucar.
¡Cárcel de los sentidos que las cosas me han dado!
Ah, yo del universo no me puedo escapar.

LA PIEDAD DEL CIPRÉS

Viajero: este ciprés que se levanta
A un metro de tus pies y en cuya copa
Un pajarillo sus amores canta,
Tiene alma fina bajo dura ropa.

Él se eleva tan alto desde el suelo
Por darte una visión inmaculada,
Pues si busca su extremo tu mirada
Te tropiezas, humano, con el cielo.

LAS TRES ETAPAS

En la dorada tarde rumorosa
Que languidece en placidez de estío.
Estoy mirando este camino rosa
Como en el dulce verso de Darío.

Y así como en el verso del poeta,
Allá, donde el camino rosa arranca,
Veo avanzar una columna blanca
Envuelta en un vapor azul-violeta.

Parece solamente alguna nube
Bordada en fino polvo de zafiros,
Inmaterial columna de suspiros
Que de la tierra a las estrellas sube.

La dulce forma humana se deslíe
En el tul blanco, inmaterial, sedño,
Y tan lejana y pura me sonrío
Que digo: esto es el sueño.

Al poco rato la columna pasa
Tan cerca que, sin ilusión alguna,
Puedo mirar las formas una a una
Bajo la trampa débil de la gasa.

La nube se ha disuelto; ante mis ojos
Se rinden ya las formas imperfectas:
Blancos creí los pies, pero son rojos.
Gráciles formas vi, pero son rectas.

El tul se ha vuelto tosca muselina,
Las guirnaldas perdieron su frescura,
Así tan cerca en una forma dura
Aquella forma que creí divina.

Alma: ¿dónde está el oro aquel que viste?
Todo ha cambiado cuando estuvo enfrente;
Mis ojos tocan realidad tan triste
Que digo: es el presente.

Mas, ya de nuevo, bajo el huso de oro
Del sol, que hilando está la luz del día,
Al alejarse, lentas, por la vía,
Las formas cobran su anterior decoro.

Es la misma ilusión: es ese mismo
Perderse de los cuerpos tras los tules
Y vuelven a brillar piedras azules,
Y el oro vuelve a darme su espejismo.

Y cuando aquel sendero se termina
Allá muy lejos, la columna blanca
Se ha convertido en esa nube fina
Que a poco vi donde el camino arranca.

Me embriagó de dulzor una abeja,
De nuevo en la visión blanca me pierdo,
Y tan inmaterial allá se aleja
Que digo: es el recuerdo.

LA CASA

(Sonata romántica)

Circundada por selvas, bajo el cielo
Siempre azulado, nuestra casa era
Algo como el plumón y el terciopelo:
Un tibio corazón de primavera.

Se hablaba quedo en nuestra casa;
Cierto que cobijaba tantas aves,
Que nos salían las palabras suaves
Como si las dijéramos a un muerto.

Pero nada era triste: la dulzura
Poníamos tan dócil armonía
Que hasta el suspiro tenue presentía
En sus patios sombreados de verdura.

El mármol blanco de los corredores
Parecía dormir un sueño largo.
Las fuentes compartían su letargo.
Soñaban las estatuas con amores.

Cedían los sillones blandamente,
Como un pecho materno, y era fino,
Muy fino el aire, así como divino,
Cuando filtraba el oro del poniente.

¡Cómo me acuerdo de la noche aquella
En que entré sostenida por tu brazo!
Moría casi bajo el doble abrazo
De tu mirada y de la noche bella.

¡Moría casi! Me llevaste tierno
Por largas escaleras silenciosas
Y ni tuve conciencia de las cosas:
Era un cuerpo cansado y sin gobierno.

No sé cómo llegamos a una estancia.
La penumbra interior, los pasos quedos,
Tus besos que morían en mis dedos
Me tornaron el alma una fragancia.

Abriste una ventana: allá, lejano,
Plateaba el río y el silencio era
Dulce y enorme, y era primavera,
Y se movía el río sobre el llano.

Caminaba hacia el mar con tal dulzura
Que parecía una palabra buena.
Iba a darse sin fin; la quieta arena
Mirábalo pasar con amargura.

Y mi alma también rodó en el río,
Se hundió con él en perfumadas frondas,
Siguiéndolo hasta el mar cayó en sus ondas,
Y suyo fue el divino poderío.

Se curvó blanda en el enorme vaso,
De allí se desprendió como un suspiro,
Ascendió por los buques y el retiro
De otras mujeres sorprendió de paso.

Subió hasta las ciudades de otro mundo;
Dormían todos, todo estaba blanco,
Luego vio cada mundo como un banco
De arena muerta en el azul profundo.

Y desde aquel azul que todo abisma
Miró en la tierra esta ventana abierta:
¿Quién era esa criatura medio muerta?
Y se bajó a mirar. ¡Y era yo misma!

Cuando volvió del viaje, envejecida
De tanto haber vagado unos instantes
La esperaban tus ojos suplicantes:
Se hundió por ellos y encontró la vida.

¿Recuerdas tú? La casa era un arrullo,
Un perfume infinito, un nido blando:
Nunca se dijo la palabra cuándo.
Se decía, muy quedo: mío y tuyo.

LA CARICIA PERDIDA

Se me va de los dedos la caricia sin causa,
Se me va de los dedos... En el viento, al pasar,
La caricia que vaga sin destino ni objeto,
La caricia perdida, ¿quién la recogerá?

Pude amar esta noche con piedad infinita,
Pude amar al primero que acertara a llegar.
Nadie llega. Están solos los floridos senderos.
La caricia perdida, rodará... rodará...

Si en los ojos te besan esta noche, viajero,
Si estremece las ramas un dulce suspirar,
Si te oprime los dedos una mano pequeña
Que te toma y te deja, que te logra y se va.

Si no ves esa mano, ni esa boca que besa,
Si en el aire quien teje la ilusión de besar,
Oh, viajero, que tienes como el cielo los ojos,
En el viento fundida, ¿me reconocerás?

LANGUIDEZ

Está naciendo octubre
Con sus mañanas claras.

He dejado mi alcoba
Envuelta en telas claras,
Anudado el cabello
Al descuido; mis plantas
Libres, desnudas, juegan.

Me he tendido en la hamaca,
Muy cerca de la puerta,
Un poco amodorrada.
El sol que está subiendo
Ha encontrado mis plantas
Y las tiñe de oro...

Perezosa, mi alma
Ha sentido que, lento,
El sol subiendo estaba
Por mis pies y tobillos
Así como buscándola.

Yo sonrío: este bueno
De sol no ha de encontrarla,
Pues yo, que soy su dueña,
No sé por dónde anda;
Cazadora, ella parte
Y trae, azul, la caza...

Un niño viene ahora,
La cabeza dorada...

Se ha sentado a mi lado
Cerrada la palabra;

Como yo el cielo mira,
Como yo, sin ver nada.
Me acaricia los dedos.
De los pies con la blanca
Mano; por los tobillos
Las yemas delicadas
De sus dedos desliza...
Por fin, sobre mis plantas,
Ha puesto su mejilla
De flor recién regada.

Cae el sol dulcemente,
Oigo voces lejanas,
Está el cielo muy lejos...

Yo sigo amodorrada
Con la rubia cabeza
Muerta sobre mis plantas.

...Un pájaro... la arteria
Que por su cuello pasa...

UN DÍA...

Andas por esos mundos como yo; no me digas
Que no existes; existes, nos hemos de encontrar;
No nos conoceremos, disfrazados y torpes
Por los mismos caminos echaremos a andar.

No nos conoceremos, distantes uno de otro
Sentirás mis suspiros y te oiré suspirar.
¿Dónde estará la boca, la boca que suspira?
Diremos, el camino volviendo a desandar.

Quizás nos encontremos frente a frente algún día.
Quizás nuestros disfraces nos logremos quitar.
Y ahora me pregunto... ¿Cuando ocurra, si ocurre,
Sabré yo de suspiros, sabrás tú suspirar?

CARTA LÍRICA A OTRA MUJER

Vuestro nombre no sé, ni vuestro rostro
Conozco yo, y os imagino blanca,
Débil como los brotes iniciales,
Pequeña, dulce... ya ni sé... Divina.
En vuestros ojos placidez de lago
Que se abandona al sol y dulcemente
Le absorbe su oro mientras todo calla.
Y vuestras manos, finas, como es este
Dolor, el mío, que se alarga, alarga
Y luego se me muere y se concluye
Así, como lo veis, en algún verso.
Ah, ¿sois así? Decidme si en la boca
Tenéis un rumoroso colmenero,
Si las orejas vuestras son a modo
De pétalos de rosas ahuecados...
Decidme si lloráis, humildemente,
Mirando las estrellas tan lejanas
Y si en las manos tibias se os aduermen
Palomas blancas y canarios de oro.
Porque todo eso y más vos sois, sin duda;
Vos, que tenéis el hombre que adoraba
Entre las manos dulces, vos la bella
Que habéis matado, sin saberlo acaso,
Toda esperanza en mí... vos, su criatura.
Porque él es todo vuestro; cuerpo y alma
Estáis gustando del amor secreto
Que guardé silencioso... Dios lo sabe
Por qué, que yo no alcanzo a penetrarlo.

Os lo confieso que una vez estuvo
Tan cerca de mi brazo, que, a extenderlo,
Acaso mía aquella dicha vuestra
Me fuera ahora... ¡sí!, acaso mía...
Mas ved, estaba el alma tan gastada
Que el brazo mío no alcanzó a extenderse:
La sed divina, contenida entonces,
Me pulió el alma... ¡Y él ha sido vuestro!
¿Comprendéis bien? Ahora, en vuestros brazos
Él se adormece y le decís palabras
Pequeñas y menudas que semejan
Pétalos volanderos y muy blancos.
Acaso un niño rubio vendrá luego
A copiar en los ojos inocentes
Los ojos vuestros y los de él unidos
En un espejo azul y cristalino...
¡Oh, ceñidle la frente! ¡Era tan amplia!
¡Arrancaban tan firmes los cabellos
A grandes ondas, que a tenerla cerca
No hiciera yo otra cosa que ceñirla!
Luego dejad que en vuestras manos vaguen
Los labios suyos; él me dijo un día
Que nada era tan dulce al alma suya
Como besar las femeninas manos...
Y acaso, alguna vez, yo, la que anduve
Vagando por afuera de la vida
—Como aquellos filósofos mendigos
Que van a las ventanas señoriales—
Y miran sin envidia toda fiesta
Me allegue humildemente a vuestro lado

Y con palabras quedas, susurrantes,
Os pida vuestras manos un momento
Para besarlas, yo, como él las besa...
Y al cubrirlas, lenta, lentamente,
Vaya pensando: aquí se aposentaron
¿Cuánto tiempo, sus labios, cuánto tiempo
En las divinas manos que son tuyas?
¡Oh, qué amargo deleite, este deleite
De buscar huellas tuyas y seguir las
Sobre las manos vuestras tan sedosas,
Tan finas, con sus venas tan azules!
Oh, que nada podría, ni ser tuya,
Ni dominarle el alma, ni tenerlo
Rendido aquí a mis pies, recompensarme
Este horrible deleite de hacer mío
Un inefable, apasionado rastro.
¡Y allí en vos misma, sí, pues sois barrera,
Barrera ardiente, viva, que al tocarla
Ya me remueve este cansancio amargo,
Este silencio de alma en que me escudo,
Este dolor mortal en que me abismo,
Esta inmovilidad del sentimiento
Que sólo salta, bruscamente, cuando
Nada es posible!

HAN VENIDO

Hoy han venido a verme
Mi madre y mis hermanas.

Hace ya tiempo que yo estaba sola
Con mis versos, mi orgullo; en suma, nada.

Mi hermana, la más grande, está crecida:
Es rubiecita; por sus ojos pasa
El primer sueño. He dicho a la pequeña:
–La vida es dulce. Todo mal acaba...

Mi madre ha sonreído como suelen
Aquellos que conocen bien las almas;
Ha puesto sus dos manos en mis hombros.
Me ha mirado muy fijo...
Y han saltado mis lágrimas.

Hemos comido juntas en la pieza
Más tibia de la casa.
Cielo primaveral...; para mirarlo
Fueron abiertas todas las ventanas.

Y mientras conversábamos tranquilas
De tantas cosas viejas y olvidadas,
Mi hermana, la menor, ha interrumpido:
–Las golondrinas pasan...

ROSALES DE SUBURBIO

Claro, como llegó la primavera,
Sobre las pobres casas,
De latas y maderas,
De los suburbios, buen rosal que trepas,
Te has cubierto de rosas.
Si tú fueras
Como los hombres, oh, rosal, sin duda
Como ellos, prefirieras
Para bien florecer las ricas casas,
Y desiertas
Dejaras las paredes de los pobres.

Pero no eres así.

La dulce tierra

Te basta en cualquier parte y te es lo mismo:
Para tu suerte, acaso, tú prefieras
Las modestas casuchas donde luces
Mejor, enredadera:
Único adorno que no cuestas nada...
(El agua, buenas rosas, todavía
Se baja de los cielos sin gabelas.)

En las bellas mañanas, cuando miras
Las ventanas abiertas,
Tus brazos verdes y jugosos buscan
El espacio sin vidrios y penetran

Al interior del cuarto: –¡Buenos días!
Tus corolas intentan
Decir con sus rosados labiezuelos.

Luego, si muy risueño
Se te acerca
El niño sucio de azulados ojos
Y carnes prietas,
Te haces el que no entiendes y no miras;
Pero entiendes y miras, y le sueltas
Con mucho disimulo,
Como quien no quisiera,
Sobre sus rizos de oro, una corola
Sabiamente deshecha.

El niño, entonces, de suburbio, luce
En la rubia cabeza
La corona divina. No la siente
Porque nada le pesa,
Y como un Eros haraposo canta
Y corriendo se aleja.

EL CLAMOR

Alguna vez, andando por la vida,
Por piedad, por amor,
Como se da una fuente, sin reservas,
Yo di mi corazón.

Y dije al que pasaba, sin malicia,
Y quizá con fervor:
—Obedezco a la ley que nos gobierna:
He dado el corazón.

Y tan pronto lo dije, como un eco,
Ya se corrió la voz:
—Ved la mala mujer esa que pasa:
He dado el corazón.

De boca en boca, sobre los tejados,
Rodaba este clamor:
—¡Echadle piedras, eh, sobre la cara;
he dado el corazón!

Ya está sangrando, sí, la cara mía,
Pero no de rubor;
Que me vuelvo a los hombres y repito:
¡He dado el corazón!

LA QUE COMPRENDE

Con la cabeza negra caída hacia adelante
Está la mujer bella, la de mediana edad,
Postrada de rodillas y un Cristo agonizante
Desde su duro leño la mira con piedad.

En los ojos la carga de una enorme tristeza,
En el seno la carga del hijo por nacer,
Al pie del blanco Cristo que está sangrando reza:
—¡Señor, el hijo mío que no nazca mujer!

EL CANAL

En la dulce fragancia
De la dulce San Juan,
Recuerdos de mi infancia
Enredados están.

Mi casa hacia los fondos
Tendía su vergel;
Allí canales hondos
Entre abejas y miel.

De enrojecidas ondas
Y pequeño caudal
Era el mío, entre frondas,
Predilecto canal.

Vagas melancolías
Llevábanme a buscar
En los oscuros días
Aquel dulce lugar.

Barquitos trabajaba
En nevado papel
Y en el agua soltaba
Tan menudo bajel.

Y navegaban hasta
Que un recodo fugaz
Se interponía: ¡basta!
No los veía más.

Y al perder mi barquito
Solíanme embargar
Ideas de infinito
Y rompía a llorar.

Niña: ya presentías
Lo que ocurrir debió:
Todo, por otras vías,
Se ha ido y no volvió.

LA QUIMERA

Como los niños iba hacia oriente, creyendo
Que con mis propias manos podría el sol tocar;
Como los niños iba, por la tierra redonda,
Persiguiendo, allá lejos, la quimera solar.

Estaba a igual distancia del oriente de oro
Por más que siempre andaba y que volvía a andar;
Hice como los niños: viendo inútil la marcha
Cogí flores del suelo y me puse a jugar.

EL ENSAYO

Si el corazón me fuera percutido
Pudiera ser que resonara a muerto,
Pero pudiera ser que diese ruido
De pájaros cantores en un huerto.

Es verdad que a morir, desde nacido,
Este buen corazón se va ensayando,
Pero, ensayos de un drama no aprendido,
Así vive, cayendo y levantando.

Las veces que ha cambiado de postura
No son una por cierto, sino cien,
Que el arte de morir es cosa dura:
Se ensaya mucho y no se aprende bien.

LA MISERIA

Corazón mío, dice: ¿qué es aquello
Que así defiendes de la humana feria
Al esconderlo tanto? ¿Un sueño bello?
Y el corazón responde: –Mi miseria.

–Oh, con tan fiero empeño no lo escondas:
Los seres que circulan a tu lado
Te robarán acaso dichas hondas
Y todo sueño te será robado.

Mas tu miseria no: cese tu lidia,
Muestra tranquilo el fondo que la encierra.
Tu miseria es un bien que no se envidia;
Nadie te lo disputará sobre la tierra.

Todos celan su bien, pues por sus obras
Temen con el temor de las abejas.
Tú, más feliz, ya puedes, sin zozobras,
Lucir tu solo bien, ¿de qué te quejas?

LA PESCA

Al borde de la vida,
Los hombres, en pescar,
Se pasan todo el tiempo:
Quién menos y quién más.

Atropellando vienen
Sus puestos a ocupar,
Traen grandes carnadas
Y piensan: picarán.

Arriba el cielo limpio
Muy quietecito está
Y abajo, con su anzuelo,
Todos vienen y van.

Pescador: no te apures,
Deja el anzuelo en paz,
La muerte, ten seguro,
No se te escapará.

LA ARMADURA

Mujer: tú la virtuosa, y tú la cínica,
Y tú la indiferente o la perversa;
Mirémonos sin miedo y a los ojos:
Nos conocemos bien. Vamos a cuentas.

Bajo armadura andamos: si nos sobra
El alma, la cortamos; si nos llena,
Por mengua, la armadura, pues la henchimos:
Con la armadura andamos siempre a cuestas.

¡Armadura feroz! Mas conservadla.
Si algún día destruirla pretendierais,
Del solo esfuerzo de arrojarla lejos
Os quedaríais como yo, bien muertas.

CHARLA

Una voz en mi oído graves palabras vierte:

–¿Por qué, me dice, no eres, oh tú, la mujer fuerte?

Es bella la figura de la mujer heroica

Cuidando el fuego sacro con su mano de estoica.

Y yo sonrío y digo: la vida es una rueda.

Todo está bien. Lo malo con lo bueno se enreda.

Si unas no parecieran desertoras vestales,

En fuga hacia las dulces, paganas bacanales,

Las otras no tendrían valor de mujer fuerte:

La vida, al fin de cuentas, se mide por la muerte.

Ya ves: con mis locuras en verso yo he logrado

Distraerte un momento y hacerte más amado

El fino y blanco nombre de la mujer que quieres,

Reservada y discreta: espuma de mujeres.

¿Qué más pides? Con algo contribuí a tu vida,

Pensaste, comparaste; voló el tiempo en seguida.

Mas ni con eso tengo yo tu agradecimiento.

¡Oh, buen género humano: nunca quedas contento!

FRÍOS

Un frío crudo desató sus nuevas
Y la gente apurada, a tropezones,
Por la ciudad y como los ratones
Busca sus cuevas.

Al verlos por las calles enfilados,
Cuellos y manos por el paño ocultos,
En abrigos y pieles enfundados,
Parecen bultos.

Pero allá arriba, cielo azul y luna
Nunca tan limpios vio la vista mía.
Mientras la gente tiembla, el cielo es una
Bella ironía.

Parece que una voz que descendiera
Del limpio azul desdeñadora,
Riendo de su daño les dijera:
—¡Oídme ahora!

BUENOS AIRES

Buenos Aires es un hombre
Que tiene grandes las piernas,
Grandes los pies y las manos
Y pequeña la cabeza.

(Gigante que está sentado
Con un río a su derecha,
Los pies monstruosos movibles
Y la mirada en pereza.)

En sus dos ojos, mosaicos
De colores, se reflejan
Las cúpulas y las luces
De ciudades europeas.

Bajo sus pies, todavía
Están calientes las huellas
De los viejos querandíes
De boleadoras y flechas.

Por eso cuando los nervios
Se le ponen en tormenta
Siente que los muertos indios
Se le suben por las piernas.

Choca este soplo que sube
Por sus pies, desde la tierra,
Con el mosaico europeo
Que en los grandes ojos lleva.

Entonces sus duras manos
Se crispan, vacilan, tiemblan,
¡A igual distancia tendidas
De los pies y la cabeza!

Sorda esta lucha por dentro
Le está restando sus fuerzas,
Por eso sus ojos miran
Todavía con pereza.

Pero tras ellos, velados,
Rasguña la inteligencia
Y ya se le agranda el cráneo
Pujando de adentro afuera.

Como de mujer encinta
No fíes en la indolencia
De este hombre que está sentado
Con el Plata a su derecha.

Mira que tiene en la boca
Una sonrisa traviesa,
Y abarca en dos golpes de ojo
Toda la costa de América.

Ponle muy cerca el oído:
Golpeando están sus arterias:
¡Ay, si algún día le crece
Como los pies, la cabeza!

UN CEMENTERIO QUE MIRA AL MAR

Decid, oh muertos, ¿quién os puso un día
Así acostados junto al mar sonoro?
¿Comprendía quien fuera que los muertos
Se hastían ya del canto de las aves
Y os han puesto muy cerca de las olas
Porque sintáis del mar azul, el ronco
Bramido que apavora?

Os estáis junto al mar que no se calla
Muy quietecitos, con el muerto oído
Oyendo cómo crece la marea,
Y aquel mar que se mueve a vuestro lado,
Es la promesa no cumplida, de una
Resurrección.

En primavera, el viento, suavemente,
Desde la barca que allá lejos pasa,
Os trae risas de mujeres... Tibio
Un beso viene con la risa, filtra
La piedra fría, y se acurruca, sabio,
En vuestra boca y os consuela un poco...
Pero en noches tremendas, cuando aúlla
El viento sobre el mar y allá a lo lejos
Los hombres vivos que navegan tiemblan
Sobre los cascos débiles, y el cielo
Se vuelca sobre el mar en aluviones,
Vosotros, los eternos contenidos,
No podéis más, y con esfuerzo enorme
Levantáis las cabezas de la tierra.

Y en un lenguaje que ninguno entiende
Gritáis: –Venid, olas del mar, rodando,
Venid de golpe y envolvednos como
Nos envolvieron, de pasión movidos,
Brazos amantes. Estrujadnos, olas,
Movednos de este lecho donde estamos
Horizontales, viendo cómo pasan
Los mundos por el cielo, noche a noche...
Entrad por nuestros ojos consumidos,
Buscad la lengua, la que habló, y movedla,
¡Echadnos fuera del sepulcro a golpes!

Y acaso el mar escuche, innumerable,
Vuestro llamado, monte por la playa,
¡Y os cubra al fin terriblemente hinchado!

Entonces, como obreros que comprenden,
Se detendrán las olas y leyendo
Las lápidas inscriptas, poco a poco
Las moverán a suaves golpes, hasta
Que las desplacen, lentas, y os liberten.
¡Oh, qué hondo grito el que daréis, qué enorme
Grito de muerto, cuando el mar os coja
Entre sus brazos, y os arroje al seno
Del grande abismo que se mueve siempre!

Brazos cansados de guardar la misma
Horizontal postura; tibias largas,
Calaveras sonrientes: elegantes
Fémures corvos, confundidos todos,
Danzarán bajo el rayo de la luna
La milagrosa danza de las aguas.
Y algunas desprendidas cabelleras,
Rubias acaso, como el sol que baje
Curioso a veros, islas delicadas
Formarán sobre el mar y acaso atraigan
A los pequeños pájaros viajeros.

Ocre
(1925)



HUMILDAD

Yo he sido aquella que paseó orgullosa
El oro falso de unas cuantas rimas
Sobre su espalda, y se creyó gloriosa,
De cosechas opimas.

Ten paciencia, mujer que eres oscura:
Algún día, la Forma Destructor
Que todo lo devora,
Borraré mi figura.

Se bajará a mis libros, ya amarillos,
Y alzándola en sus dedos, los carrillos
Ligeramente inflados, con un modo

De gran señor a quien lo aburre todo,
De un cansado soplido
Me aventará al olvido.

SOY

Soy suave y triste si idolatro, puedo
Bajar el cielo hasta mi mano cuando
El alma de otro al alma mía enredo.
Plumón alguno no hallarás más blando.

Ninguna como yo las manos besa,
Ni se acurruca tanto en un ensueño,
Ni cupo en otro cuerpo, así pequeño,
Un alma humana de mayor terneza.

Muero sobre los ojos, si los siento
Como pájaros vivos, un momento,
Aletear bajo mis dedos blancos.

Sé la frase que encanta y que comprende,
Y sé callar cuando la luna asciende
Enorme y roja sobre los barrancos.

PALABRAS A MI MADRE

No las grandes verdades yo te pregunto, que
No las contestarías; solamente investigo
Si, cuando me gestaste, fue la luna testigo,
Por los oscuros patios en flor, paseándose.

Y si, cuando, en tu seno de fervores latinos,
Yo escuchando dormía, un ronco mar sonoro
Te adormeció las noches, y miraste, en el oro
Del crepúsculo, hundirse los pájaros marinos.

Porque mi alma es toda fantástica, viajera,
Y la envuelve una nube de locura ligera
Cuando la luna nueva sube al cielo azulino.

Y gusta, si el mar abre sus fuertes pebeteros,
Arrullada en un claro cantar de marineros
Mirar las grandes aves que pasan sin destino.

CUANDO LLEGUÉ A LA VIDA

Vela sobre mi vida, mi grave amor inmenso:
Cuando llegué a la vida yo traía en suspenso,
En el alma y la carne, la locura enemiga,
El capricho elegante y el deseo que hostiga.

Me encantaban los viajes por las almas humanas,
La luz, los extranjeros, las abejas livianas,
El ocio, las palabras que inician el idilio,
Los cuerpos armoniosos, los versos de Virgilio.

Cuando sobre tu pecho mi alma fue apaciguada,
Y la dulce criatura, tuya y mía, deseada,
Yo puse entre tus manos toda mi fantasía

Y te dije humillada por estos pensamientos:
—¡Vigíleme los ojos! Cuando cambian los vientos
El alma femenina se trastorna y varía...

CANCIÓN DE LA NOVIA

En el corredor fresco, que los valles domina,
A pequeñas puntadas como la blanca tela;
De vez en cuando miro la paloma que vuela
Y el insecto de oro en la tenue cortina.

Se me acercan, descalzos, deliciosos chiquillos,
Y en su nariz pequeña, de transparente cera,
Mi dedal se introduce. Reímos. Uno espera
A mi lado con una canasta de membrillos.

Grandes cactus sedientos sobre arenas doradas,
Y cigarras sonoras, y piedras calcinadas,
Se asoman a mis largas siestas, sin que concluya
Este lento desfile de puntos por mis manos.
Y a ratos, en el aire que impregnan los manzanos,
Van y vienen dos frases: Eres mía. Soy tuya.

TÚ, QUE NUNCA SERÁS

Sábado fue y capricho el beso dado,
Capricho de varón, audaz y fino,
Mas fue dulce el capricho masculino
A este mi corazón, lobezno alado.

No es que crea, no creo, si inclinado
Sobre mis manos te sentía divino
Y me embriagué, comprendo que este vino
No es para mí, mas juego y rueda el dado...

Yo soy la mujer que vive alerta,
Tú el tremendo varón que se despierta
Y es un torrente que se ensancha en río

Y más se encrespa mientras corre y poda.
Ah, me resisto, mas me tienes toda,
Tú, que nunca serás del todo mío.

RESPUESTA DE LA MARQUESA
A LAS ESTANCIAS DE CORNEILLE

Me decís, gran talento, en palabras de mofa,
Con una voz galante y perversa, que, un día,
Mis líneas seductoras, mi desdén de vacía,
Pasarán... si no quedan en vuestra bella estrofa.

Un ligero despecho orgulloso refleja
Vuestra finta a esta vana marquesita elegante
Y, a cambio de la estrofa, inmortal, que me cante,
Me proponéis un beso a vuestra boca vieja.

¿Tenéis una fe ciega en la vida del verso?
Yo medito en que el Todo será un día disperso...
Oh, dejadme que mire distraída esa rosa;

Soy mujer ante todo, del presente me encanto.
Perdonadme, poeta, si a vuestro grave canto
Prefiero el beso joven de una boca jugosa.

LAS GRANDES MUJERES

En las grandes mujeres reposó el universo.
Las consumió el amor, como el fuego al estaño,
A unas; reinas, otras, sangraron su rebaño.
Beatriz y Lady Macbeth tienen genio diverso.

De algunas, en el mármol, queda el seno perverso.
Brillan las grandes madres de los grandes de antaño.
Y es la carne perfecta, dadivosa del daño.
Y son las exaltadas que entretejen el verso.

De los libros las tomo como de un escenario
Fastuoso –¿Las envidias, corazón mercenario?
Son gloriosas y grandes, y eres nada, te arguyo.

–Ay, rastreando en sus almas, como en selvas las lobas,
A mirarlas de cerca me bajé a sus alcobas
Y oí un bostezo enorme que se parece al tuyo.

DE MI PADRE SE CUENTA

De mi padre se cuenta que de caza partía,
Cuando rayaba el alba, seguido de su galgo,
Y en el largo camino, por divertirse en algo,
Lo miraba a los ojos, y su perro gemía.

Que andaba por las selvas buscando una serpiente
Procaz, y al encontrarla, sobre la cola erguida,
Al asalto dispuesta, de un balazo insolente
Se gozaba en dejarle la cabeza partida.

Que por días enteros, vagabundo y huraño,
No volvía a la casa, y, como un ermitaño,
Se alimentaba de aves, dormía sobre el suelo.

Y sólo cuando el Zonda, grandes masas ardientes
De arenas y de insectos, levanta en los calientes
Desiertos sanjuaninos cantaba bajo el cielo.

DUERME TRANQUILO

Dijiste la palabra que enamora
A mis oídos. Ya olvidaste. Bueno.
Duerme tranquilo. Debe estar sereno
Y hermoso el rostro tuyo a toda hora.

Cuando encanta la boca seductora
Debe ser fresca, su decir ameno;
Para tu oficio de amador no es bueno
El rostro ardido del que mucho llora.
Te reclaman destinos más gloriosos
Que el de llevar, entre los negros pozos
De las ojeras, la mirada en duelo.

¡Cubre de bellas víctimas el suelo!
Más daño al mundo hizo la espada fatua
De algún bárbaro rey. Y tiene estatua.

FIESTA

Junto a la playa, núbiles criaturas,
Dulces y bellas, danzan, las cinturas
Abandonadas en el brazo amigo.
Y las estrellas sirven de testigo.

Visten de azul, de blanco, plata, verde...
Y la mano pequeña, que se pierde
Entre la grande, espera. Y la fingida,
Vaga frase amorosa, ya es creída.

Hay quien dice feliz: –La vida es bella.
Hay quien tiende su mano hacia una estrella
Y la espera con dulce arrobamiento.

Yo me vuelvo de espaldas. Desde un quiosco
Contemplo el mar lejano, negro y fosco,
Irónica la boca. Ruge el viento.

CARA COPIADA

Es la cara de un niño transparente, azulosa,
Como si entre los músculos y la piel de la cara
Una napa de leche lentamente rodara.
En ella solamente la boca es una rosa.

Y detrás de ese cutis de lavada azucena
Otra cara se esconde, fuertemente esculpida;
Es aquella del hombre que le ha dado la vida
Y se mueve en sus rasgos y los gestos le ordena:

Mira con inocencia y es dura su mirada.
Su sonrisa es tranquila y en el fondo es taimada:
Hay huellas en la fresca ternura de su pulpa.

Ya en la boca se pinta la blandura redonda
Que dan los besos largos y en su nariz la honda
Codicia de la especie. ¡Y carece de culpa!

OLVIDO

Lidia Rosa: hoy es martes y hace frío. En tu casa,
De piedra gris, tú duermes tu sueño en un costado
De la ciudad. ¿Aún guardas tu pecho enamorado,
Ya que de amor moriste? Te diré lo que pasa:

El hombre que adorabas, de grises ojos crueles,
En la tarde de otoño fuma su cigarrillo.
Detrás de los cristales mira el cielo amarillo
Y la calle en que vuelan desteñidos papeles.

Toma un libro, se acerca a la apagada estufa,
En el tomacorriente al sentarse la enchufa
Y sólo se oye un ruido de papel desgarrado.

Las cinco, tú caías a esta hora en su pecho,
Y acaso te recuerda... Pero su blando lecho
Ya tiene el hueco tibio de otro cuerpo rosado.

ENCUENTRO

Lo encontré en una esquina de la calle Florida
Más pálido que nunca, distraído como antes,
Dos largos años hubo poseído mi vida...
Lo miré sin sorpresa, jugando con mis guantes.

Y una pregunta mía, estúpida, ligera,
De un reproche tranquilo llenó sus transparentes
Ojos, ya que le dije de liviana manera:
—¿Por qué tienes ahora amarillos los dientes?

Me abandonó. De prisa le vi cruzar la calle
Y con su manga oscura rozar el blanco talle
De alguna vagabunda que andaba por la vía.

Perseguí por un rato su sombrero que huía...
Después fue, ya lejana, una mancha de herrumbre.
Y lo engulló de nuevo la espesa muchedumbre.

PALABRAS A RUBÉN DARÍO

Bajo sus lomos rojos, en la oscura caoba,
Tus libros duermen. Sigo los últimos autores:
Otras formas me atraen, otros nuevos colores
Y a tus fiestas paganas la corriente me roba.

Gozo de estilos fieros –anchos dientes de loba.
De otros sobrios, prolijos –cipreses veladores.
De otros blancos y finos –columnas bajo flores.
De otros ácidos y ocreos –tempestades de alcoba.

Ya te había olvidado y al azar te retomo,
Y a los primeros versos se levanta del tomo
Tu fresco y fino aliento de mieles olorosas.

Amante al que se vuelve como la vez primera:
Eres la boca dulce que allá, en la primavera,
Nos licuara en las venas todo un bosque de rosas.

I

RUEDA

La casta y honda amiga me dice sus razones:
—Soy joven, no he vivido. ¿Mi marido? Un engaño.
Tengo tres hijos, veo rodar año tras año
En uno como lento sueño sin emociones.

A veces descerrojo, tentada, mis balcones,
Por ver el hombre fino, el soberbio, el huracán.
Inútil. ¡Si pudiera curarme de este daño!
Ay, el amor no es juego que arregle desazones.

Las atenúa, acaso; mas los hombres, mi amiga,
No me valen la pena de un ensayo; desliga
Mi corazón, cercado, su más viva lisonja.

Tengo el cuerpo perfecto y la boca rosada,
Para el amor más alto yo fui seleccionada,
Pero escondo mi fuego bajo un velo de monja.

II

LA OTRA AMIGA

Otra amiga me dice: –Las mujeres mentales
Perdedoras salimos en negocios de amores.
Tenemos, ciertamente, muchos adoradores:
Buscan pequeños sorbos en caídas vestales.

Su corazón lo ponen no en las espirituales,
Que fatigan al cabo. Como cultivadores
Adoran lo que crean: piensan que las mejores
Son aquellas plegadas a sus modos carnales.

Las mujeres mentales somos las plataformas:
Mejoramos los hombres, y pulimos sus normas,
Refinan en nosotras su instinto desatado.

Y cuando, ya cansadas de esperar, les pedimos
El corazón, en cambio del propio que le dimos,
Se lleva la que pasa lo que hemos adorado.

III

Y AGREGA LA TERCERA

—Acaso se lo lleva la que menos le cuesta.
Halló en ella más fácil la vida ya pesada.
Todo cerebro activo lleva un alma quebrada
Y el hombre, en las mujeres, busca un poco de fiesta.

Cuida mejor la casa la mujer que es modesta
Y no tiene una vida mental imaginada.
Si del hombre que adora se comprende engañada
Recibe lo que sobra, y a su lado se acuesta.

No por eso posee la mujer, todo entero,
Al que, sin ser amante, puede ser compañero;
Acaso él también sueña lo mismo que soñamos.
Y, sobre el nudo diario de su vida tranquila,
Regulada, en su pecho luminoso vigila
Un ideal femenino, cuya clase ignoramos.

EL ENGAÑO

Soy tuya, Dios lo sabe por qué, ya que comprendo
Que habrás de abandonarme, fríamente, mañana,
Y que, bajo el encanto de mis ojos, te gana
Otro encanto el deseo, pero no me defiende.

Espero que esto un día cualquiera se concluya,
Pues intuyo, al instante, lo que piensas o quieres.
Con voz indiferente te hablo de otras mujeres
Y hasta ensayo el elogio de alguna que fue tuya.

Pero tú sabes menos que yo, y algo orgulloso
De que te pertenezca, en tu juego engañoso
Persistes, con aire de actor del papel dueño.

Yo te miro callada con mi dulce sonrisa,
y cuando te entusiasmas, pienso: no te des prisa,
No eres tú el que me engaña; quien me engaña es
[mi sueño.

VERSOS A LA TRISTEZA DE BUENOS AIRES

Tristes calles derechas, agrisadas e iguales,
Por donde asoma, a veces, un pedazo de cielo,
Sus fachadas oscuras y el asfalto del suelo
Me apagaron los tibios sueños primaverales.

Cuánto vagué por ellas, distraída, empapada
En el vaho grisáceo, lento, que las decora.
De su monotonía mi alma padece ahora.
—¡Alfonsina! —No llames. Ya no respondo a nada.

Si en una de tus casas, Buenos Aires, me muero
Viendo en días de otoño tu cielo prisionero,
No me será sorpresa la lápida pesada.

Que entre tus calles rectas, untadas de su río
Apagado, brumoso, desolante y sombrío,
Cuando vagué por ellas, ya estaba yo enterrada.

INÚTIL SOY

Por seguir de las cosas el compás,
A veces quise, en este siglo activo,
Pensar, luchar, vivir con lo que vivo,
Ser en el mundo algún tornillo más.

Pero, atada al ensueño seductor,
De mi instinto volví al oscuro pozo,
Pues, como algún insecto perezoso
Y voraz, yo nací para el amor.

Inútil soy, pesada, torpe, lenta,
Mi cuerpo, al sol, tendido, se alimenta
Y sólo vivo bien en el verano,

Cuando la selva huele y la enroscada
Serpiente duerme en tierra calcinada;
Y la fruta se baja hasta mi mano.

PALABRAS A DELMIRA AGUSTINI

Estás muerta y tu cuerpo, bajo uruguayo manto,
Descansa de su fuego, se limpia de su llama,
Sólo desde tus libros tu roja lengua llama
Como cuando vivías, al amor y al encanto.

Hoy, si un alma de tantas, sentenciosa y oscura,
Con palabras pesadas va a sangrarte el oído,
Encogida en tu pobre cajoncito roído
No puedes contestarle desde tu sepultura.

Pero sobre tu pecho, para siempre deshecho,
Comprensivo vigila, todavía, mi pecho,
Y, si ofendida lloras por tus cuencas abiertas

Tus lágrimas heladas, con mano tan liviana
Que más que mano amiga parece mano hermana,
Te enjugo dulcemente las tristes cuencas muertas.

TERNURA

Septiembre. El duraznero, florecido, decora
Las ventanas del cuarto. Las manos de la madre
Están blancas, exangües, y, sobre ellas, el padre
Pone los labios buenos, tibios, y los demora...

Son jóvenes, son bellos y se aman. El niño
De diez días, desnudo, llora en el desaliño
De las telas nevadas y estampadas de flores.
Canarios de oro cantan bajo los corredores.

En la siesta. La madre saca el seno jugoso,
Blanco y suave. Trasiega su líquido precioso
A la boca del dulce animalillo lerdo

Que ejercita, al sorberlo, su delicia primera,
Recogido en el brazo de amarillenta cera
Que le ciñe la nuca. Yo miro y te recuerdo.

¿DE QUÉ ME QUEJO?

¿De qué me quejo? Es cierto que me bajé hasta el fondo
Del alma del que amaba, y lleno de sí mismo
Lo hallé, y al viento helado de su helado egoísmo
Dudé que el globo fuera, como dicen, redondo.

¿De qué me quejo? ¿Acaso porque el cuerpo, en su daño,
Afiebrado se arrastra en zig-zag por el suelo,
Y el monstruo pecho hinchado le impide alzar el vuelo,
Pues dentro, el pulpo negro, crece, del desengaño?

¿De qué me quejo? ¡Gracias! Mantengo todavía
Vértebra sobre vértebra. Hacia la melodía
Mi fina red nerviosa aún puede, con anhelo,

Tenderse, oír los dulces, inefables sonidos.
En mis cuencas aún giran los ojos, sostenidos,
Y aunque pesados se alzan hacia tu luz, ¡oh cielo!

A UN DESCONOCIDO

En esta tarde de oro, dulce porque supongo
Que la vida es eterna, mientras desde los pinos
Las dulces flautas suenan de alados inquilinos
Siento, desconocido, que en tu ser me prolongo.

Los encantados ojos en tu recuerdo pongo:
¿Quién te acuñó los rasgos en moldes aquilinos
Y un sol caliente y muerto te puso en los divinos
Cabellos, que se ciñen al recio casco oblongo?

¿Quién eres tú, el que tienes en los ojos lejanos
El brillo verdinegro de los muertos pantanos,
En la boca un gran arco de cansancio altanero,

Y a mi pesar arrastras, colgante de tu espalda,
Como un manto purpúreo o una roja guirnalda,
Por la ciudad del Plata mi corazón de acero?

PALABRAS A UN HABITANTE DE MARTE

¿Será verdad que existes sobre el rojo planeta,
Que, como yo, posees finas manos prehensiles,
Boca para la risa, corazón de poeta,
Y un alma administrada por los nervios sutiles?

Pero en tu mundo, acaso, ¿se yerguen las ciudades
Como sepulcros tristes? ¿Las asoló la espada?
¿Ya todo ha sido dicho? ¿Con tu planeta añades
A la Vasta Armonía otra copa vaciada?

Si eres como un terrestre, ¿qué podría importarme
Que tu señal de vida bajara a visitarme?
Busco una estirpe nueva a través de la altura.

Cuerpos hermosos, dueños del secreto celeste
De la dicha lograda. Mas si el tuyo no es éste,
Si todo se repite, ¡calla, triste criatura!

ANTE UN HÉROE DE IVÁN MESTROVIC

Tallado en mármol, la cintura fina,
Los muslos estallantes, la cabeza
Reflejadora de gigante empresa,
La maravilla del cincel camina.

¿A dónde va? La fiebre lo devora
De vencer o morir de tal manera
Que en el esfuerzo de avanzar pudiera
Hundir el cuerpo en la lejana aurora.

Mármol del siglo XX desvaído
A quien un hombre púsole el latido
Antiguo y fuerte de las grandes pruebas:

¿Por qué, por un milagro, no te vuelves
Humana forma, y al pasar me envuelves
Entre los brazos, y al azar me llevas?

UNA VOZ

Voz horadante de mi espalda,
En algún viaje a las afueras,
Mientras caía de mi falda
El libro abierto, ¿de quién eras?

Sonabas cálida y segura
Como de alguno que domina
Del hombre oscuro el alma oscura;
La clara carne femenina.

No me di vuelta a ver el hombre
En el deseo que me fuera
Su rostro anónimo y pudiera
Su voz ser música sin nombre.

¡Oh simpatía de la vida!
¡Oh comunión que me ha valido,
Por el encanto de un sonido
Ser, sin quererlo, poseída!

SALUDO AL HOMBRE

Con mayúscula escribo tu nombre y te saludo,
Hombre, mientras depongo mi femenino escudo
En sencilla y valiente confesión de derrota.
Omnívoro: naciste para llevar la cota
Y yo el sexo, pesado como carro de acero,
Y humilde (se delata en función de granero).
Brindo por tu adiestrada libertad, la soltura
Con que te sientes hijo claro de la natura
Y lector aplicado de aquel su abecedario
Que enseña el solo verbo que es interplanetario.

Mas no con gesto humilde, instintivo, anhelante,
Tu pecho se deforma en boca del lactante,
No se ajusta a tu carne pasajera belleza
Que se acrece con artes que lo son de pereza:
Tu juventud, más alta, se hace de pensamientos:
(Las ideas dan rosas y rosas los ungüentos...)
¿No eres el Desligado, Sire, por excelencia?
¡Salud! En versos te hago mi fina reverencia.

LA PALABRA

Naturaleza: gracias por este don supremo
Del verso, que me diste;
Yo soy la mujer triste
A quien Caronte ya mostró su remo.

¿Qué fuera de mi vida sin la dulce palabra?
Como el óxido labra
Sus arabescos ocres
Yo me grabé en los hombres, sublimes o mediocres.

Mientras vaciaba el pomo candente de mi pecho
No sentía el acecho
Torvo y feroz de la sirena negra.

Me salí de mi carne, gocé el goce más alto:
Oponer una frase de basalto
Al genio oscuro que nos desintegra.

DIVERTIDAS ESTANCIAS A DON JUAN

Noctámbulo mochuelo:
Por fortuna tú estás
Bien dormido en el suelo
Y no despertarás.

Si tu sombra se alzara
Vería a la mujer
Midiendo con tu vara
Tu aventura de ayer.

La flaca doña Elvira,
La casta doña Inés,
Hoy leen a Delmira
Y a Stendhal, en francés.

Caballeros sin gloria,
Sin capa y sin jubón,
Reaniman tu memoria
A través de un salón.

No escalan los balcones
Tras el prudente aviso;
Para hurtar corazones
Imitan a Narciso.

Las muchachas leídas
De este siglo de hervor
Se mueren de aburridas
Sin un cosechador.

Más que nunca preciosas,
Oh gran goloso, están,
Mas no ceden sus rosas;
No despiertes, Don Juan,

Que no ha parado en vano
La aventurera luna:
Tu castigante mano
No hallaría fortuna.

Y hasta hay alguna artera,
Juguetona mujer,
Que toma tu manera
Y ensaya tu poder.

EPITAFIO PARA MI TUMBA

Aquí descanso yo: dice «Alfonsina»
El epitafio claro al que se inclina.

Aquí descanso yo, y en este pozo,
Pues que no siento, me solazo y gozo.

Los turbios ojos muertos ya no giran,
Los labios, desgranados, no suspiran.

Duermo mi sueño eterno a pierna suelta;
Me llaman y no quiero darme vuelta.

Tengo la tierra encima y no la siento,
Llega el invierno y no me enfría el viento.

El verano mis sueños no madura,
La primavera el pulso no me apura.

El corazón no tiembla, salta o late,
Fuera estoy de la línea de combate.

¿Qué dice el ave aquella, caminante?
Tradúceme su canto perturbante:

«Nace la luna nueva, el mar perfuma,
Los cuerpos bellos bañanse de espuma.

»Va junto al mar un hombre que en la boca
Lleva una abeja libadora y loca:

»Bajo la blanca tela el torso quiere
El otro torso que palpita y muere.

»Los marineros sueñan en las proas,
Cantan muchachas desde las canoas,

»Zarpan los buques y en sus claras cuevas,
Los hombres parten hacia tierras nuevas.

»La mujer que en el suelo está dormida
Y en su epitafio ríe de la vida,

»Como es mujer grabó en su sepultura
Una mentira aún: la de su hartura.»

ROMANCE DE LA VENGANZA

Cazador alto y tan bello
Como en la tierra no hay dos,
Se fue de caza una tarde
Por los montes del Señor.

Seguro llevaba el paso,
Listo el plomo, el corazón
Repicando, la cabeza
Erguida y dulce la voz.

Bajo el oro de la tarde
Tanto el cazador cazó,
Que finas lágrimas rojas
Se puso a llorar el sol...

Cuando volvía cantando
Suavemente a media voz
Desde un árbol, enroscada,
Una serpiente lo vio.

Iba a vengar a las aves,
Mas, tremendo, el cazador
Con hoja de firme acero
La cabeza le cortó.

Pero aguardándolo estaba
A muy pocos pasos yo...
Lo até con mi cabellera
Y dominé su furor.
Ya maniatado le dije:
–Pájaros matasteis vos,
Y voy a tomar venganza
Ahora que mío sois...

Mas no lo maté con armas,
Busqué una muerte peor:
¡Lo besé tan dulcemente
Que le partí el corazón!

Envío

Cazador: si vas de caza
Por los montes del Señor,
Teme que pájaros venguen
Hondas heridas de amor.

EL PARQUE

En el aire reseco, flota miel diluida,
De los árboles bajan zumos de primavera,
La sangre de los troncos su subida acelera.
La abeja soberana va a quitar una vida.

Por el urbano parque de rojizos senderos,
Afeitadas gramillas y artificiales fuentes,
Paseo. Las estatuas tienen tristes las frentes,
Pero a sus pies las flores saltan de los canteros.

Bosquecillos de acacias, puestos de trecho en trecho,
Calan el horizonte, al dibujo sensible.
Zumba un oro ligero, mas sin cuerpo visible.
Hay arriba un zafiro ahuecado por techo.

En el verdoso lago, donde el pétalo ambula,
Señoriales, los cisnes, enarcados, navegan;
Finas columnas blancas se reflejan y juegan
A encontrarse en el agua, que las tuerce y ondula.

Como hace miles de años flota un áspero aliento
De mediodía, y bajo mi planta destructora
La gramilla aplastada no se duele ni llora;
Pugna por levantarse sobre el brazo del viento.

Como hace miles de años sube de las corolas
Un venenoso, dulce y profundo llamado:
Paréceme que algo va a serme revelado.

Retrocedo en el tiempo. Quemán las amapolas.
¿Dónde he visto estos cisnes, esta hiedra, hace mucho?
¿Estas blancas columnas y este sol deslumbrante?
No tenía estas ropas grises de caminante:
Yo nadaba en un lago y escuché lo que escucho.

Una nota asustada, suelta mi pecho magro.
¿Siento mi voz acaso como por vez primera?
Ah, el corazón disuelto de tanta primavera
Está fuera del tiempo y anticipa un milagro.

Está fuera del tiempo, porque vuelvo la vista
Al tupido bosque de espinosas retamas
Y presiento que acechan las pupilas en llamas
De algún sátiro joven que el asalto se alista.

Va la tierra a prensarse bajo el casco de uña,
Y a su rito salvaje, verá alzarse las aves
De sus nidos ocultos, y los céspedes suaves
Encogerse al amago de la dura pezuña.

Algo de otras edades, de una extraña grandeza,
Sorprenderá a los cisnes blancos del siglo XX,
Sonreirán las bocas de mármol de la fuente
Al amor desusado de una fiera simpleza.

Por mirar cómo escapan las mujeres rosadas,
Las mujeres de piedra darán vuelta sus bustos,
Y en la sombra discreta de los negros arbustos
Habrá una fuga fina de blancas carcajadas.

Pero es grave el contraste: bajo mis ojos cae
Saliendo del bosque, una cara pulida:
Es de mi siglo: un joven; por la boca sin vida
Pasa un cansancio lento que a lo real me trae.

Hacia mí se encamina con un paso que ondula,
Su piel amarillenta le da una muerta gracia,
Ojeras prematuras sellan su aristocracia;
Pasa a mi lado, mira, me pesa y me calcula...

Galantería fácil, frase de primavera,
Irrumpe de su boca, tenue mancha lavada;
Miro sus manos pulcras y su barba afeitada,
Y se anima en sus ojos una llama ligera.

...Pero se aleja a paso reposado y tranquilo,
Algún cisne lo mira sin sorpresa en el lago,
Sigue cantando el ave su canto fino y vago,
La araña no ha cesado de tejer con su hilo.

El sol, sobre su cuerpo, cobra la indiferencia
De un filósofo triste que contemplara escombros;
Cada vez más se alejan los rellenados hombros
Y a su paso las cosas se cargan de paciencia.

No han girado sus bustos las mujeres de piedra;
Sigue el agua goteando con idéntico canto;
En el bosque no hay risas ni carreras de espanto;
Mana un negro silencio, y está quieta la hiedra...

Allá lejos se pierde la figura del hombre;
Recuerdo su mirada, turbia y domesticada.
¡Oh suspicaz, moderna y pequeña mirada,
El corazón me llenas de una angustia sin nombre!

DOLOR

Quisiera esta tarde divina de octubre
Pasear por la orilla lejana del mar;

Que la arena de oro, y las aguas verdes,
Y los cielos puros me vieran pasar.

Ser alta, soberbia, perfecta, quisiera,
Como una romana, para concordar

Con las grandes olas, y las rocas muertas
Y las anchas playas que ciñen el mar.

Con el paso lento, y los ojos fríos
Y la boca muda, dejarme llevar;

Ver cómo se rompen las olas azules
Contra los granitos y no parpadear:

Ver cómo las aves rapaces se comen
Los peces pequeños y no despertar;

Pensar que pudieran las frágiles barcas
Hundirse en las aguas y no suspirar;

Ver que se adelanta, la garganta al aire,
El hombre más bello; no desear amar...

Perder la mirada, distraídamente,
Perderla, y que nunca la vuelva a encontrar;

Y, figura erguida, entre cielo y playa,
Sentirme el olvido perenne del mar.

NATURALEZA MÍA

Naturaleza mía, la que fuera
Como pesada abeja en primavera,
Ociosa y hecha para siestas de oro,
Voraz, aletargable, mudadera.

Bajo las tardes cálidas, dormida
De amor, ya el nuevo amor te daba brida,
Y tú arrastrabas un pesado cuerpo,
Pesado por el zumo de la vida.

¿Qué hice de ti? Para enfrenar tus males
Sobre tus formas apreté sayales,
Y en flagelarte puse empeño tanto
Que hoy filosofas junto a los rosales.

Disminuida, atáxica, robada,
En tu pura pureza violada,
Miras te baten palmas los sensatos
Con tu ya blanca y última mirada.

Mundo de siete pozos
(1934)



MUNDO DE SIETE POZOS

Se balancea,
arriba, sobre el cuello,
el mundo de las siete puertas:
la humana cabeza...

Redonda, como los planetas:
arde en su centro
el núcleo primero.
Ósea la corteza;
sobre ella el limo dérmico
sembrado
del bosque espeso de la cabellera.

Desde el núcleo,
en mareas
absolutas y azules,
asciende el agua de la mirada
y abre las suaves puertas
de los ojos
como mares en la tierra.

...Tan quietas
esas mansas aguas de Dios
que sobre ellas
mariposas e insectos de oro
se balancean.

Y las otras dos puertas:
las antenas acurrucadas

en las catacumbas que inician las orejas;
pozos de sonidos,
caracolas de nácar donde resuena
la palabra expresada
y la no expresa;
tubos colocados a derecha e izquierda
para que el mar no calle nunca,
y el alma mecánica de los mundos
rumorosa sea.

Y la montaña alzada
sobre la línea ecuatorial de la cabeza:
la nariz de batientes de cera
por donde comienza
a callarse el color de la vida;
las dos puertas
por donde adelanta
—flores, ramas y frutas—
la sepertina olorosa de la primavera.

Y el cráter de la boca
de bordes ardidios
y paredes calcinadas y reseca;
el cráter que arroja
el azufre de las palabras violentas;
el humo denso que viene
del corazón y su tormenta;
la puerta
en corales labrada suntuosos
por donde engulle la bestia

y el ángel canta y sonrío
y el volcán humano desconcierta.
Se balancea,
 arriba,
sobre el cuello,
el mundo de los siete pozos:
la humana cabeza.

Y se abren praderas rosadas
en sus valles de seda:
las mejillas musgosas.

 Y ríela
sobre la comba de la frente,
desierto blanco,
la luz lejana de una luna muerta...

OJO

Reposa.
El crepúsculo
muere más
allí, donde, pájaro quieto,
aguarda.

Mares tristes,
apretados,
mueven
en él
sus olas.

Los paisajes
del día
lo navegan
lentos.

Tímidas
las primeras estrellas
lloran
su luz insabora
en la pupila fija.

En el fondo oscuro
largas hileras humanas
se le desplazan
incesantemente:

Parten
en distintas
direcciones;
retroceden;
retroceden;
tocan
los primeros
hombres:

Gimen porque nace el sol.
Gimen porque muere el sol...

Todo está allí,
apretado en la cuenca,
donde,
pájaro quieto,
aguarda.

Y LA CABEZA COMENZÓ A ARDER

Sobre la pared
negra
se abría
un cuadrado
que daba
al más allá.

Y rodó la luna
hasta la ventana;
se paró
y me dijo:
“De aquí no me muevo;
te miro.

No quiero crecer
ni adelgazarme.
Soy la flor
infinita
que se abre
en el agujero
de tu casa.

No quiero ya
rodar
detrás de
las tierras
que no conoces,

mariposa
libadora
de sombras.

Ni alzar fantasmas
sobre las cúpulas
lejanas
que me beben.

Me fijo.
Te miro.”

Y yo no contestaba.
Una cabeza
dormía bajo
mis manos.

Blanca
como tú,
luna.

Los pozos de sus ojos
fluían un agua
parda
estriada
de víboras luminosas.

Y de pronto
la cabeza
comenzó a arder

como las estrellas
en el crepúsculo.

Y mis manos
se tiñeron
de una sustancia
fosforescente.

E incendió
con ella
las casas
de los hombres,
los bosques
de las bestias.

EL CAZADOR DE PAISAJES

Levantado
sobre tus dos piernas,
como la torre
en la llanura,
tu cabeza perfecta
cazaba paisajes.

Ya el sol,
último pez del horizonte.
Ya las colinas,
pequeños senos
cubiertos de bello
dorado.

Ya las balumbas
de nubes
heroicas,
ocultadoras
de las trompetas
del trueno.

Sobre la máquina
voladora
o rodante,
o la torre
de tu cuerpo,
trasponías horizontes

absorbiendo
racimos
de formas
y colores.

Adherida a tu velocidad,
como la hoja
a la rueda,
lancé tímidas flechas
a tus paisajes soberbios.

Y sólo
pequeños
rincones de formas
recogió mi corazón
adormecido.

BUQUE-ESCUELA

Azul gris,
hería tu mole
el plumón blando
de las aguas.

Pero te acunaban,
ignorantes
de tus nidos
de obuses.

Tornillo sobre tornillo,
plancha sobre plancha,
torre sobre torre,
te lanzaba al aire
en un esfuerzo
de catapulta.

Te odiaba,
desde el muelle,
porque te vestías
de cielo,
y mar calmo;
taimado...

Cuando te hollaron mis pies
una nube de adolescentes
uniformados
irrumpió por tus puentes.

Habían vuelto a cargarse
las ramas humanas
secadas a cañonazos.

Había más que antes;
y eran más hermosos
que antes:

Cuellos fornidos
de cuerda
prensada.

Ojos tiernos.

Carne dorada
a espuma y sal.

Dientes agudos,
luminosos.

Grandes bocas
húmedas aún
de besos maternos,
abiertas,
pedigüeñas,
como la de los pichones.

Rodaban como frutas
sobre el acero del buque.

Perfumaban el hierro.
Desteñían la pintura.

Hablaban palabras de hombre,
musicales...

Movían los brazos
en círculos
de estrechamiento.

Uno,
con una pajueta,
le hacía cosquillas
a un gato:
su nariz riente,
tras el ojo de buey,
lanzaba gritos
de pueril alegría.

Lúgubre,
de vez en cuando,
sonaba una campana.

...Máscara de hierro
sobre las caras...
y nacía,
hosca,
la fila
sin albedrío.

RETRATO DE UN MUCHACHO QUE SE LLAMABA SIGFRIDO

Tu nombre suena
como los cuernos de caza
despertando las selvas vírgenes.

Y tu nariz aleteante,
triángulo de cera vibrátil,
es la avanzada
de tu beso joven.

Tu piel morena
rezuma
cantos bárbaros.

Pero tu mirada de aguilucho,
abridora simultánea
de siete caminos,
es latina.

Y tu voz,
untada de la humedad del Plata,
ya es criolla.

Te curva las arterias
el agua del Rhin.

El tango
te desarticula
la voluntad.
Y el charlestón
te esculpe
el cuerpo.

Tus manos,
heridas de intrincados caminos,
son la historia
de una raza
de amadores.

En tu labio
de sangre huyente
el grito de las walkirias
se estremece todavía.

Tu cuello es un pedúnculo
quebrado por tus sueños.

De tu pequeña cabeza
fina
emergen ciudades heroicas.

No he visto tu corazón:
debe abrirse
en largos pétalos
grises.

He visto tu alma:
lágrima
ensanchada en mar azul:
al evaporarse
el infinito se puebla
de lentas colinas malva.

Tus piernas
no son las columnas
del canto salomónico:
suavemente se arquean
bajo la cadena de hombres
que te precedió.

Tienes un deseo: morir.
Y una esperanza: no morir.

AGRIO ESTÁ EL MUNDO

Agrio está el mundo,
inmaduro
detenido;
sus bosques
florecen puntas de acero;
suben las viejas tumbas
a las superficies;
el agua de los mares
acuna
casas de espanto.

Agrio está el sol
sobre el mundo;
ahogado en los vahos
de sus pantanos;
inmaduro,
detenido.

Agria está la luna
sobre el mundo;
verde,
desteñida;
caza fantasmas
con sus patines
húmedos.

Agrio está el viento
sobre el mundo;

alza nubes de insectos muertos,
se ata, roto,
a las torres;
se anuda crespones
de llanto;
pesa sobre los techos.

Agrio está el hombre
sobre el mundo,
balanceándose
sobre sus piernas:

A sus espaldas,
todo,
desierto de piedras;
a su frente,
todo,
desierto de soles,
ciego...

ECUACIÓN

Mis brazos:
saltan de mis hombros;
mis brazos: alas.
No de plumas: acuosos...
Planean sobre las azoteas,
más arriba... entoldan.
Se vierten en lluvias:
aguas de mar,
lágrimas,
sal humana...

Mi lengua:
madura...
Ríos floridos
bajan de sus pétalos.

Mi corazón:
me abandona
Circula
por invisibles círculos
elípticos.

Masa redonda, pesada,
ígnea...
Roza los valles,
quema los picos,
seca los pantanos...
Sol sumado a otros soles...

(Tierras nuevas
danzan a su alrededor.)

Mis piernas:
crecen tierra adentro,
se hunden, se fijan;
curvan tentáculos
de prensadas fibras:
robles al viento,
ahora:
balancean mi cuerpo
herido...

Mi cabeza: relampaguea...
los ojos, nomeolvides,
se beben el cielo,
tragan cometas perdidos,
estrellas rotas,
almácigos...

Mi cuerpo: estalla.
Cadenas de corazones
le ciñen la cintura.
La serpiente inmortal
se le enrosca al cuello...

LLAMA

Mi queja abre la pulpa
del corazón divino
y su estremecimiento
aterciopela
el musgo de la tierra.

Un ámbar agridulce
destilado de las
flores cerúleas
cae a mojar
mis labios sedientos.

Ríos de sangre
bajan de mis manos
a salpicar el rostro
de los hombres.
Sobre la cruz del tiempo
clavada estoy.

El rumor lejano
del mundo, ráfaga cálida,
evapora el sudor
de mi frente.

Mis ojos, faros de angustia,
trazan señales misteriosas
en los mares desiertos.

Y eterna,
la llama de mi corazón
sube en espirales
a iluminar el horizonte.

BALADA ARRÍTMICA PARA UN VIAJERO

Yo tenía un amor,
un amor pequeñito,
y mi amor se ha ido.
¡Feliz viaje, mi amor, feliz viaje!

No era muy grande mi amor,
no era muy alto;
nunca lo vi en traje de baño;
pero debía tener un cuerpo
parecido al de Suárez.
Mejor dicho, al de Dempsey.

Tampoco era un genio;
se reía siempre, eso sí;
le gustaban los árboles;
acariciaba al pasar
a los niños.
Yo le hubiera regalado
un arco
para que volteara estrellas...
Pero tuve miedo
que alguna
te cayera en la cabeza, lector:
¡son tan grandes!

Anoche mismo se fue;
tomó un vapor
que medía una cuadra:
demasiado grande para él;
no es un gigante.

Ahora lo veo pequeño al buque,
muy pequeño;
me parece solamente
la lanzadera
de una máquina de coser
temblando en el filo
de una montaña movable.

Señor camarero,
señor camarero del vapor:
hágale una gran reverencia
cuando le vea pasar;
estírele bien las sábanas de la cama,
despiértelo con suavidad.

Señorita viajera:
usted, la más hermosa del barco:
mírelo a los ojos con ternura;
dígale con ellos cualquier cosa:
–Me casaría con usted ahora mismo.
O si no: –Vamos a tomar
juntos el té.
Y usted, señor Río,
no sea imprudente;

pórtese como un caballero
con un hombre que sueña;
un hombre que sueña
necesita cunas,
aun cuando sean de agua.

No he visto nunca
en el Río de la Plata
peces voladores.
Si hay alguno que no vuela:
no le gustan los peces,
y menos si tienen alas.

Mañana llegará a un puerto,
junto al muelle se parará el vapor:
¡Oh señor Buque, oh estuche
en que mi pequeño amor
hace de diamante:
no trepide mucho al atracar,
no dé brincos!

Él bajará la escalerilla
cantando un foxtrot.
Siempre canta un foxtrot.

Llevará un traje gris
y un sobretodo azul marino.
No se los manche usted, por Dios,
señor Buque:
mi amor es pobre...

REGRESO EN SUEÑOS

Boca perdida en el vaivén del tiempo;
detrás de los paisajes escondida;
boca hacia atrás huyente en el espacio;
boca muerta que fuiste boca viva:

Torbellinos de rostros te apagaron,
tú, que eras rosa ya palidecida;
bloques de casas, cielos circulantes,
telones fueron a velarte esquiva.

Alguna vez la punta de la llama
pintó en el aire la ligera estría
de tu boca atersada a finos verbos:
seda en la seda, flor más florecida.

O levanté la mano para asirte
en la nube traslúcida que lucía
acuchillada del cuchillo mismo
que parte en dos la ya palidecida.

Y a veces, en el fondo de otra boca,
flor de agua pura aun más verdecida,
hube de hallarte. Mas se abrió tu boca
como la sal al viento en las salinas...

Pero anoche, ¿de dónde regresaste?
¿De tumbas de agua? ¿De raíz nutrida
en anchos bosques? ¿De trasmundos malva?
¿Qué cadenas de seres te fue guía?

Cortaste los paisajes y los rostros,
los circulantes cielos en huidas,
bloques de casas, hojarasca de horas,
y me hallaste no muerta, que dormida.

Pájaro de aire, reposó la boca
sobre la boca mía anohecida.
Mas no era boca. A musgo, macerado
en los soles de Dios, se parecía.

FRASE

Fuera de ley, mi corazón
A saltos va en su desazón.
Ya muerde acá, sucumbe allí,
Cazando allá, cazando aquí.

Donde lo intente yo dejar
Mi corazón no se ha de estar.

Donde lo deba yo poner
Mi corazón no ha de querer.

Cuando le diga yo que sí,
Dirá que no, contrario a mí.

Bravo león, mi corazón
Tiene apetitos, no razón.

DANZA IRREGULAR

En la punta de un látigo
mi corazón,
danza una danza
en tirabuzón;
en la punta de un látigo,
mi corazón.

En la punta de un triángulo,
mi corazón,
rebota por el césped
como balón;
un pie y otro
lo manda
a mi corazón.

Vertiginosamente,
sobre la vara
del chino
prestidigitador,
bola de oro y acero
gira que gira
mi corazón.

Flor helada y desnuda
mi corazón,
en las ramas de agua,
del surtidor,
sube y baja

a destiempo,
mi corazón.

Alrededor del mundo
hace cordón
de baba
de luna,
mi corazón.

Ya por hilo de odio,
ya por hilo de amor,
trompo a siete colores
zumba mi corazón.

Remolinea el látigo,
sigue el balón,
no descansa
la vara ni el surtidor,
otra vuelta da el mundo
gruñe zumbón;
pero, forzad la danza
de mi corazón.

De uno a otro picando
su rebote es mayor:
¡atajadme!
que me alza
mi corazón.

UNO

Viaja en el tren en donde viajo. ¿Viene
del Tigre, por ventura?
Su carne firme tiene
la moldura
de los varones idos, y en su boca
como en prieto canal,
se le sofoca
el bermejo caudal...

Su piel,
color de miel
delata el agua que bañó la piel.
(¿Hace un momento, acaso, las gavillas
de agua azul, no abrían sus mejillas,
los anchos hombros, su brazada heroica
de nadador?
¿No era una estoica
flor
todo su cuerpo elástico, elegante,
de nadador,
echado hacia adelante
en el esfuerzo vencedor?)

La ventanilla copia el pétreo torso
disimulado bajo el blanco lino de la pechera.
(¿En otras vidas remontaba el curso
mar, la dulce aventura por señuelo,
con la luna primera?)

Luce, ahora, un pañuelo
de fina seda sobre el corazón,
y sobre media delicada cae su pantalón.

Desde mi asiento, inexpresiva espío
sin mirar casi, su perfil de cobre.
¿Me siente acaso? ¿Sabe que está sobre
su tenso cuello este deseo mío
de deslizar la mano suavemente
por el hombro potente?

CÍRCULOS SIN CENTRO

Esponja del cielo,
carne verde del mar,
por tus blandos carriles
hube de andar.

Hacia adelante se partían
los caminos para caminar;
a los costados se abrían
las carreteras para navegar
y hacia atrás se dirigían
las rutas para desandar.

Largas noches y días
una proa te cortó sin parar
y tu centro no cambiaba nunca,
círculo verde del mar.

Sobre tu esmeralda fría
mi carne no quería quemar,
mi corazón se volvía
verde como la carne del mar.

Le decía a mi cuerpo: ¡renace!
a mi corazón: ¡no te quieras parar!
Mi cuerpo quería echar raíces,
raíces verdes en la carne del mar.

El barco que me conducía
no sabía más que zarpar,
pero el cuerpo que me contenía
se quedó estático sobre el mar.

Círculos circulaban arriba
y subían del fondo del mar;
peces levantaban las testas
y se ponían a aullar.

YO EN EL FONDO DEL MAR

En el fondo del mar
hay una casa
de cristal.
A una avenida
de madréporas,
da.

Un gran pez de oro,
a las cinco,
me viene a saludar.

Me trae
un rojo ramo
de flores de coral.

Duermo en una cama
un poco más azul
que el mar.

Un pulpo
me hace guiños
a través del cristal.

En el bosque verde
que me circunda
–din don... din dan–
se balancean y cantan
las sirenas
de nácar verdemar.

Y sobre mi cabeza
arden, en el crepúsculo,
las erizadas puntas del mar.

FARO EN LA NOCHE

Esfera negra el cielo
y disco negro el mar.

Abre en la costa, el faro,
su abanico solar.

¿A quién busca en la noche
que gira sin cesar?

Si en el pecho me busca
el corazón mortal.

Mire la roca negra
donde clavado está.

Un cuervo pica siempre,
pero no sangra ya.

MAÑANA GRIS

Se abren bocas grises
en la plancha
redonda del mar.

Tragan nubes grises
las bocas
silenciosas del mar.

Dormidos los peces,
en el fondo,
están.

Colocados en nichos,
el cuerpo frío horizontal,
duermen todos los peces
del mar.

Uno, bajo una aleta,
tiene un pequeño
sol invernal.

Su luz difusa
asciende
y abre una aurora pálida
en cada boca gris del mar.

Pasa el buque
y los peces
no se pueden despertar.

Gaviotas trazan signos de acero
sobre la inmensidad.

VIENTOS MARINOS

Mi corazón era una flor,
de espuma;
un pétalo de nieve,
otro de sal;
viento marino lo tomó
y lo puso
sobre una mano
encallecida a mar.
Tan fino encaje
sobre mano ruda
¿cómo podía anclar?
Golpe de viento
lo llevó de nuevo;
lo llevó a tumbos
por la inmensidad.
Rodando aún está.
Se enreda a las cadenas
que golpean los flancos
de los buques... ¡ay!...

MOMENTO

Una ciudad hecha de huesos grises
se abandona a mis pies.

Como tajos negros,
las calles,
separan el osario, lo cuadriculan,
lo ordenan, lo levantan.

En la ciudad, erizada de dos millones de hombres,
no tengo un ser amado...

El cielo, más gris aún
que la ciudad,
desciende sobre mí,
se apodera de mi vida,
traba mis arterias,
apaga mi voz...

Como un torbellino,
no obstante,
al que no puedo sustraerme,
el mundo gira alrededor
de un punto muerto:
mi corazón.

CALLE

Un callejón abierto
entre altos paredones grises.
A cada momento
la boca oscura de las puertas,
los tubos de los zaguanes,
trampas conductoras
a las catacumbas humanas.
¿No hay un calofrío
en los zaguanes?
¿Un poco de terror
en la blancura ascendente
de una escalera?
Paso con premura.
Todo ojo que me mira
me multiplica y dispersa.
Un bosque de piernas,
un torbellino de círculos
rodantes,
una nube de gritos y ruidos,
me separan la cabeza del tronco,
las manos de los brazos,
el corazón del pecho,
los pies del cuerpo,
la voluntad de su engarce.

Arriba,
el cielo azul
aquieta su agua transparente:
ciudades de oro
lo navegan.

PLAZA EN INVIERNO

Árboles desnudos
corren una carrera
por el rectángulo de la plaza.
En sus epilépticos esqueletos
de volcadas sombrillas
se asientan,
en bandada compacta,
los amarillos
focos luminosos.

Bancos inhospitalarios,
húmedos,
expulsan de su borde
a los emigrantes soñolientos.
Oyendo fáciles arengas ciudadanas,
un prócer,
inmóvil sobre su columna,
se hiel a en su bronce.

SOLEDAD

Podría tirar mi corazón
desde aquí, sobre un tejado:
mi corazón rodaría
sin ser visto.

Podría gritar
mi dolor
hasta partir en dos mi cuerpo:
sería disuelto
por las aguas del río.

Podría danzar
sobre la azotea
la danza negra de la muerte:
el viento se llevaría
mi danza.

Podría,
soltando la llama de mi pecho,
echarla a rodar
como los fuegos fatuos:
las lámparas eléctricas
la apagarían...

HAZ DE TUS PIES

Haz de tus pies al fin la raíz fuerte
que para el paso; de tu lengua nudo;
de tus ojos lápida y escudo;
migaja el cuerpo, que alzaré la muerte.

Prensa tu boca sobre el labio triste
que pozos tiene de plumones blandos;
quítale el filo a los porqués y cuándoos
y entrega, romo, cuanto aquí trajiste:

Romo tu verso, suéltalo, menguada;
tu amor romado entrégalo, romada;
y para aquel tu dar que era mendigo.

Que todo a medias se te dio en la vida
menos este dormir que te convida:
ronca y el Padre roncará contigo.

PASIÓN

Unos besan las sienes, otros besan las manos,
otros besan los ojos, otros besan la boca.
Pero de aquel a este la diferencia es poca.
No son dioses, ¿qué quieres?, son apenas humanos.

Pero, encontrar un día el espíritu sumo,
la condición divina en el pecho de un fuerte,
el hombre en cuya llama quisieras deshacerte
¡como al golpe de viento las columnas de humo!

La mano que al posarse, grave, sobre tu espalda,
haga noble tu pecho, generosa tu falda,
y más hondos los surcos creadores de tus sesos.

¡Y la mirada grande, que mientras te ilumine
te encienda al rojoblanco, y te arda, y te calcine
hasta el seco ramaje de los pálidos huesos!

UNA MIRADA

La perdí de mi vida; en vano en los plurales
rostros, el fulgor busco de su fluido divino;
no hay copias de sus ojos; tan sólo un hombre vino
con ellas a la tierra; no hay pupilas iguales:

Redondo el globo blanco, mundo que anda despacio;
y la pupila aguda, cazadora y ceñida;
y la cuenca de sombras por rayos recorrida.
(Pretextos de que nazca la llama y logre espacio.)

No más bellas que tantas otras bellas pupilas.
Tantas. Si las prendieran en desusadas filas,
como collar del mundo, serían su atavío.

Pero lo que adoraba no es lo mejor: yo busco
un modo de asomarse; el luminoso y fusco
resplandor de dos únicos orbes: lo que era mío.

CANCIÓN DE LA MUJER ASTUTA

Cada rítmica luna que pasa soy llamada,
por los números graves de Dios, a dar mi vida
en otra vida: mezcla de tinta azul teñida;
la misma extraña mezcla con que he sido amasada.

Y a través de mi carne, miserable y cansada,
filtra un cálido viento de tierra prometida,
y bebe, dulce aroma, mi nariz dilatada
a la selva exultante y a la rama nutrida.

Un engañoso canto de sirena me cantas,
¡naturaleza astuta! Me atraes y me encantas
para cargarme luego de alguna humana fruta.

Engaño por engaño: mi belleza se esquivo
al llamado solemne; de esta fiebre viva,
algún amor estéril y de paso, disfruta.

RAZONES Y PAISAJES DE AMOR

I

Amor

Baja del cielo la endiablada punta
con que carne mortal hieres y engañas.
Untada viene de divinas mañas
y cielo y tierra su veneno junta.
La sangre de hombre que en la herida apunta
florece en selvas: sus crecidas cañas
de sombras de oro, hienden las entrañas
del cielo prieto, y su ascender pregunta.
En un vano aguardar de la respuesta
las cañas doblan la empinada testa.
Flamea el cielo sus azules gasas.
Vientos negros, detrás de los cristales
de las estrellas, mueven grandes masas
de mundos muertos, por sus arrabales.

II

Obra de amor

Rosas y lirios ves en el espino;
juegas a ser: te cabe en una mano,
esmeralda pequeña, el océano;
hablas sin lengua, enredas el destino.
Plantas la testa en el azul divino
y antípodas, tus pies, en el lejano

revés del mundo; y te haces soberano,
y desatas al sol de tu camino.
Miras el horizonte y tu mirada
hace nacer en noche la alborada;
sueñas, y crean hueso tus ficciones.
Muda la mano que te alzaba en vuelo,
y a tus pies cae, cristal roto, el cielo,
y polvo y sombra levantan sus talones.

III

Paisaje del amor muerto

Ya te hundes, sol; mis aguas se coloran
de llamaradas por morir; ya cae
mi corazón desenhebrado, y trae,
la noche, filos que en el viento lloran.
Ya en opacas orillas se avizoran
manadas negras; ya mi lengua atrae
betún de muerte; y ya no se distrae
de mí, la espina; y sombras me devoran.
Pellejo muerto, el sol, se tumba al cabo.
Como un perro girando sobre el rabo,
la tierra se echa a descansar, cansada.
Mano huesosa apaga los luceros:
Chirrían, pedregosos sus senderos,
con la pupila negra y descarnada.

Mascarilla y trébol
(1938)



RÍO DE LA PLATA EN NEGRO Y OCRE

La niebla había comido su horizonte
y sus altas columnas agrisadas
se echaban hacia el mar y parapetos
eran sobre la atlántica marea.

Se estaba anclado allí, ferruginoso,
viendo venir sus padres desde el norte;
dos pumas verdes que por monte y piedra
saltaban desde el trópico a roerlo:

Porque ni bien nacido ya moría
y en su desdén apenas se rizaba
señor de sí, los labios apretados.

Lavadas rosas le soltaba el cielo
y de su seno erguía tallos de humo
sobre quemados cabeceantes buques.

RÍO DE LA PLATA EN GRIS Y ÁUREO

Respiración la suya grave y lenta
se estaba quieto, y no perder quería
el sueño, y de su cuerpo en tiernos grises
abría dulces ángeles dorados.

Soñaba una Ciudad de altos azules,
ni un hombre roto en su pecíolo y limpias
sus iguales aristas; y una mano
que *Doy* decía abierta en sus portales.

No le pesaban en su piel las moscas
ultramarinas ni las sacudía
y estaba como atado al cielo puro.

También el árbol sin moverse estaba
y el pájaro lejano y le escribían
delgadas nubes la palabra *Espero*.

RÍO DE LA PLATA EN ARENA PÁLIDO

¿De qué desierto antiguo eres memoria
que tienes sed y en agua te consumes
y alzas el cuerpo muerto hacia el espacio
como si tu agua fuera la del cielo?

Porque quieres volar y más se agitan
las olas de las nubes que tu suave
yacer tejiendo vagos cuerpos de humo
que se repiten hasta hacerse azules.

Por llanuras de arena viene a veces
sin hacer ruido un carro trasmarino
y te abre el pecho que se entrega blando.

Jamás lo escupes de tu dócil boca:
llamas al cielo y su lunada lluvia
cubre de paz la huella ya cerrada.

RÍO DE LA PLATA EN CELESTE NEBLIPLATEADO

Alguna vez del cielo te enamoras
y lo piensas en ti; y arriba subes
y cruzas lento por el suave espacio;
y el cielo baja y tiéndese en llanura.

Y aquella blanca vela que venía
desde el filo del mar, la comba asciende;
y el copo que en la comba navegaba
horizontal se mueve en tus plateados.

Cuando el amor así de flor te viste
quien mira el cielo campos de agua mira
y quién tu cuerpo azules de aire fino;

Y no se sabe qué es lo propio tuyo,
si tus nublados de humo cabeceantes
o el cabeceo de las grises nubes.

RÍO DE LA PLATA, EN LLUVIA

Ya casi el cielo te apretaba, ciego,
y sumergida una ciudad tenías
en tu cuerpo de grises heliotropos
neblivelado en su copón de llanto.

Unas lejanas cúpulas tiznaba
tu gran naufragio sobre el horizonte
que la muerta ciudad bajo las ondas
se alzaba a ver el desabrido cielo:

Caía a plomo una llovizna tierna
sobre las pardas cruces desafiantes
en el pluvioso mar desperfiladas.

Y las aves, los árboles, los hombres
dormir querían tu afelpado sueño
liláceo y triste de llanura fría.

LANGOSTAS

Para entoldar el cielo... no... no son;
para caer al sesgo, no; tampoco;
para aumentar el hambre no están hechas;
para hilachar los árboles... no creo.

Para volar como los autogiros
y distribuidas armoniosamente
atravesar sobre los pararrayos
de las ciudades altas, no es posible.

Y sin embargo su ala como aquellos
gira; y aumentan hambre entre los hombres;
y al sesgo atacan y desvisten ramas;

y al sol entoldan sobre el rascacielo;
y hace siglos que vuelven sin cansarse
multiplicadas mientras más perecen.

EL HIJO

Se inicia y abre en ti, pero estás ciega
para ampararlo y si camina ignoras
por flores de mujer o espadas de hombre,
ni qué de alma prende en él, ni cómo mira.

Lo acunas balanceando, rama de aire,
y se deshace en pétalos tu boca
porque tu carne ya no es carne, es tibio
plumón de llanto que sonrío y alza.

Sombra en tu vientre apenas te estremece
y sientes ya que morirás un día
por aquel sin piedad que te deforma.

Una fase brutal te corta el paso
y aún rezas y no sabes si el que empuja
te arrolla sierpe o ángel se despliega.

LA SIRENA

Llévate el torbellino de las horas
y el cobalto del cielo y el ropaje
de mi árbol de septiembre y la mirada
del que me abría soles en el pecho.

Apágame las rosas de la cara
y espántame la risa de los labios
y mezquíname el pan entre los dientes,
vida; y el ramo de mis versos, niega.

Mas déjame la máquina de azules
que suelta sus poleas en la frente
y un pensamiento vivo entre las ruinas;

Lo haré alentar como sirena en campo
de mutilados y las rotas nubes
por él se harán al cielo, vela en alto.

TIEMPO DE ESTERILIDAD

A la Mujer los números miraron
y dejáronle un cofre en su regazo:
y vio salir de aquel un río rojo
que daba vuelta en espiral al mundo.

Extraños signos, casi indescifrables,
sombreaban sus riberas, y la luna
siniestramente dibujada en ellos,
ordenaba los tiempos de marea.

Por sus crecidas Ella fue creadora
y los *noumenos* fríos revelados
en tibias caras de espantados ojos.

Un día de su seno huyóse el río
y su isla verde florecida de hombres
quedó desierta y vio crecer el viento.

PELOTA EN EL AGUA

Rosada y verde de la mano tierna
cayó en el agua donde echó raíces
de un glauco más sutil y se alejaba
flor con el tallo hundido en los cristales.

Otras niñas cantaban en el borde
de la piscina y sus volcadas sombras
soñaba el agua, y las faldillas crespas
coronas eran sobre un móvil junco.

Oro el árbol y malva; azul pizarra
el cielo bajo y un mugido lento
acariciando el trébol florecido.

Y una urraca punzando y las dos bocas
a punto de morir y la menuda
mano esperando que su flor volviera.

CIGARRA EN NOCHE DE LUNA

Atalayada, agita la matraca
de su voz, que traspasa el horizonte
del árbol, la cigarra, y llama a mitin
a los grillos en camas de rocío.

Sobre los tanques frescos de los sapos
los grillos mueven verdes batallones.
Manda la capitana chilladora
y cercan los balcones de la luna.

Con peluca de nieve, la levita
de Orión abotonada, y muy de azules,
una mano de azufre, otra de yeso,

la luna dobla el cuerpo saludando;
y los grillos levantan, bayonetas,
hacia su reina las agudas patas.

PALABRAS MANIDAS A LA LUNA

Quiero mirarte una vez más, nacida
del aire azul, con gotas de rocío
pendientes sobre el mundo, aligerada
de la angustia mortal y su miseria.

Sobre el azogue, más azul, del río,
diciendo “llora”, aymé, tan transparente
que no hay palabras para aprisionarte,
nácar y nieve sueños de ti misma.

Baja: mi corazón te está pidiendo.
Podrido está; lo entrego a tus cuidados.
Pasa tus dedos blancos suavemente

sobre él; quiere dormir, pero en tus linos,
lejano el odio y apagado el miedo;
confesado y humilde y destronado.

NIDO EN UNA ESTATUA

El brazo recogido de la estatua
ahuecó dulce: el ave pajas puso
y erizó el bronce de flechillas de oro,
y reposó. Y el ave no sabía.

El cielo abrió una enredadera malva
por aquel oro en su florón de gracia
y el bronce lo brindaba humanizado.
Pero el bronce y el ave no sabían.

Pasó un niño y soñó con la pajueta
y un desdichado lo añoró por lecho
y el amor le sonrió desde dos ríos.

Brotaba un salmo en él como distante,
y una rosa de paz como invisible.
Y ser, pájaro y bronce, no sabían.

EL SUEÑO

Máscara tibia de otra más helada
sobre tu cara cae y si te borra
naces para un paisaje de neblina
en que tus muertos crecen, la flor corre.

Allí el mito despliega sus arañas;
y enflora la sospecha; y se deshace
la cólera de ayer y el iris luce;
y alguien que ya no es más besa tu boca;

Que un no ser, que es un más ser, doblado,
prendido estás aquí y estás ausente
por praderas de magias y de olvido.

¿Qué alentador sagaz, tras el reposo,
creó este renacer de la mañana
que es juventud del día volvedora?

MAR DE PANTALLA

I

Se viene el mar y vence las paredes
y en la pantalla suelta sus oleajes
y avanza hacia tu asiento y el milagro
de acero y luna toca tus sentidos;

Respiran sal tus fauces despertadas
y pelea tu cuerpo contra el viento,
y están casi tus plantas en el agua
y el goce de gritar ya ensaya voces.

Las máquinas lunares en el lienzo
giran cristales de ilusión tan vivos
que el salto das ahora a zambullirte:

Se escapa el mar que el celuloide arrolla
y en los dedos te queda, fulgurante,
una mística flor, técnica y fría.

DIBUJOS ANIMADOS

II

Una mística flor, técnica y fría,
que el pomo de colores, semillero
de seres planos que el dibujo alienta,
si bien terrestre, de un trasmundo viene.

Hace millares de años que la garra
audaz del hombre, por desentrañarlo,
pintó paredes y mordió las piedras
hasta lograr un árbol que camina.

Mira el pequeño ser en blanco y negro
que te calca, tú eres otro calco
de un modelo mayor e indefinido:

Un alma tiene que es la tuya misma,
la pobre tuya misma persiguiendo
trenes de viento y puerto de papeles.

UNA LÁGRIMA

No mía, que madrastra fue de Edipo
y Hércules la forjó sobre su pira;
porque mis ojos, cráteres antiguos,
por otros ojos conocieron lava.

No mía, que en mi mano la descubro
de los trasmundos áridos caída:
luna de agosto flácida y musgosa;
emparedado a cal, sol de febrero.

Ya el cobijo traspásame su brasa
pero no lloro llantos a llorado
que copia el mundo y centuplica su iris.

Y orbes lacustres, tálamos de oro,
lianas de acero fúlgidas a estrellas
en bosque azul levanta de cristales.

A MADONA POESÍA

Aquí a tus pies lanzada, pecadora,
contra tu tierra azul, mi cara oscura,
tú, virgen entre ejércitos de palmas
que no encanecen como los humanos.

No me atrevo a mirar tus ojos puros
ni a tocarte la mano milagrosa:
miro hacia atrás y un río de lujurias
me ladra contra ti, sin Culpa Alzada.

Una pequeña rama verdecida
en tu orla pongo con humilde intento
de pecar menos, por tu fina gracia,

ya que vivir cortada de tu sombra
posible no me fue, que me cegaste
cuando nacida con tus hierros bravos.

VOY A DORMIR

Dientes de flores, cofia de rocío,
manos de hierbas, tú, nodriza fina,
tenme prestas las sábanas terrosas
y el edredón de musgos escardados.

Voy a dormir, nodriza mía, acuéstame.
Ponme una lámpara a la cabecera;
una constelación; la que te guste;
todas son buenas: bájala un poquito.

Déjame sola: oyes romper los brotes...
te acuna un pie celeste desde arriba
y un pájaro te traza unos compases

para que olvides... Gracias. Ah, un encargo:
si él llama nuevamente por teléfono
le dices que no insista, que he salido...

Poesías posteriores a 1934



A HORACIO QUIROGA

Morir como tú, Horacio, en tus cabales,
y así como en tus cuentos, no está mal;
un rayo a tiempo y se acabó la feria...
Allá dirán.

No se vive en la selva impunemente,
ni cara al Paraná.
Bien por tu mano firme, gran Horacio...
Allá dirán.

“Nos hiere cada hora –queda escrito–,
nos mata la final.”
Unos minutos menos... ¿quién te acusa?
Allá dirán.

Más pudre el miedo, Horacio, que la muerte
que a las espaldas va.
Bebiste bien, que luego sonreías...
Allá dirán.

Sé que la mano obrera te estrecharon,
mas no, sí, Alguno, o simplemente Pan,
que no es de fuertes renegar de su obra...
(Más que tú mismo es fuerte quien dirá.)

PARTIDA

Un camino
hasta el confín
altas puertas de oro
lo cierran;
galerías profundas;
arcadas.

El aire no tiene peso;
las puertas se balancean
en el vacío;
se deshacen en polvo de oro;
se juntan, se separan;
bajan a las tumbas
de algas;
suben cargadas de corales.
Rondas,
hay rondas de columnas:
las puertas se esconden
detrás de los parapetos azules;
el agua brota en campos de nomeolvides;
echa desiertos de cristales morados;
incuba grandes gusanos esmeralda;
se trenza los brazos innumerables.

Lluvia de alas,
ahora;
ángeles rosados
se clavan como flechas

en el mar.
Podría caminar sobre ellos
sin hundirme.

Una senda de cifras
para mis pies:
Columnas de número
para cada paso,
submarinas.

Me llevan:
enredaderas invisibles
alargan sus garfios
desde el horizonte:
Mi cuello cruje.
Ya camino.
El agua no cede.
Mis hombros se abren en alas.
Toco con sus extremos
los extremos del cielo.
Lo hiero:
La sangre del cielo
bañando el mar...
Amapolas, amapolas,
no hay más que amapolas...

Me aligero:
la carne cae de mis huesos.
Ahora.
El mar sube por el canal

de mis vértebras.

Ahora.

El cielo rueda por el lecho
de mis venas.

Ahora.

¡El sol! ¡El sol!

Sus últimos hilos
me envuelven,
me impulsan:

Soy un huso:

¡Giro, giro, giro, giro!...

ROMANCILLO CANTABLE

Para fin de septiembre,
cuando me vaya,
urraquita, el que quiero
vendrá a tu cátedra.

Diles a tus amigos,
los durazneros,
que carguen
su florero.

Y al almendro
que con gasas
cerque
su casa.

Y a aquel árbol sin nombre,
de espejos negros
que leonados se tornan
bajo los vientos,
que eche por su boca
una gran rama rosa
si cerca pasa.

Al río que remueva
sus terciopelos:
yo le conozco algunos
cobalto y hierro.

A mi flauta,
mi rana,
que a lo Debussy toque
bajo su cama.

En este mismo cuarto
será su sueño
y la misma persiana
le hará su cuento:

“Pasando el río grande;
esa que te ama
no se muere...
verdea como las ramas.”

Índice

Presentación	VII
Sobre la presente edición.	IX
Prólogo	XI
Palabras prologales	XXV
Breve explicación	XXIX
Poesías (1916 - 1921)	1
La dulce visión.	3
Conversación	4
La inútil primavera	5
Tren	6
La inquietud del rosal (1916)	7
La inquietud del rosal	9
Lo inacabable.	10
Claror lunar	11
El dulce daño (1918)	13
Este grave daño	15
Sábado	16
Primavera.	17
Dime	19
Capricho.	20
El llamado	22
Tú y yo.	23
Dulce tortura	25
Tu dulzura	26
¡Oh, tú!	27

Viaje finido	29
Tú me quieres blanca	30
Tentación	33
¿Qué diría?	34
Cuadrados y ángulos	35
Aspecto	36
Presentimiento	37
Oveja descarriada	38
Irremediablemente (1919)	39
Este libro	41
Silencio	42
Melancolía	45
Soy esa flor	46
Peso ancestral	47
Date a volar	48
Subconciencia	50
El hombre sombrío	51
Moderna	52
Hombre pequeñito	53
El divino amor	54
Veinte siglos	55
Odio	56
Piedra miserable	57
Bien pudiera ser	58
Languidez (1920)	59
Gota	61
El león	62
La piedad del ciprés	65

Las tres etapas	66
La casa	69
La caricia perdida	72
Languidez	73
Un día...	75
Carta lírica a otra mujer	76
Han venido	79
Rosales de suburbio	80
El clamor	82
La que comprende	83
El canal	84
La quimera	86
El ensayo	87
La miseria	88
La pesca	89
La armadura	90
Charla	91
Fríos	92
Buenos Aires	93
Un cementerio que mira al mar	95
Ocre (1925)	99
Humildad	101
Soy	102
Palabras a mi madre	103
Cuando llegué a la vida	104
Canción de la novia	105
Tú, que nunca serás	106
Respuesta de la marquesa a las estancias de Corneille	107

Las grandes mujeres	108
De mi padre se cuenta	109
Duerme tranquilo.	110
Fiesta	111
Cara copiada	112
Olvido	113
Encuentro.	114
Palabras a Rubén Darío	115
I Rueda.	116
II La otra amiga.	117
III Y agrega la tercera	118
El engaño.	119
Versos a la tristeza de Buenos Aires	120
Inútil soy	121
Palabras a Delmira Agustini	122
Ternura.	123
¿De qué me quejo?.	124
A un desconocido	125
Palabras a un habitante de Marte.	126
Ante un héroe de Iván Mestrovic.	127
Una voz	128
Saludo al hombre	129
La palabra	130
Divertidas estancias a don Juan	131
Epitafio para mi tumba	133
Romance de la venganza	135
El parque	137
Dolor	141
Naturaleza mía.	143

Mundo de siete pozos (1934)	145
Mundo de siete pozos	147
Ojo	150
Y la cabeza comenzó a arder	152
El cazador de paisajes	155
Buque-Escuela	157
Retrato de un muchacho que se llamaba Sigfrido	160
Agrio está el mundo	163
Ecuación	165
Llama	167
Balada arrítmica para un viajero	169
Regreso en sueños	172
Frase	174
Danza irregular	175
Uno	177
Círculos sin centro	179
Yo en el fondo del mar	181
Faro en la noche	183
Mañana gris	184
Vientos marinos	186
Momento	187
Calle	188
Plaza en invierno	190
Soledad	191
Haz de tus pies	192
Pasión	193
Una mirada	194
Canción de la mujer astuta	195
Razones y paisajes de amor	196

Mascarilla y trébol (1938)	199
Río de La Plata en negro y ocre	201
Río de La Plata en gris y áureo	202
Río de La Plata en arena pálido	203
Río de La Plata en celeste nebliplateado	204
Río de La Plata, en lluvia	205
Langostas	206
El hijo	207
La sirena	208
Tiempo de esterilidad	209
Pelota en el agua	210
Cigarra en noche de luna	211
Palabras manidas a la luna	212
Nido en una estatua	213
El sueño	214
Mar de pantalla	215
Dibujos animados	216
Una lágrima	217
A Madona Poesía	218
Voy a dormir	219
Poesías posteriores a 1934	221
A Horacio Quiroga	223
Partida	224
Romancillo cantable	227

Esta colección ha sido creada con un fin estrictamente cultural y sus libros se venden a precio subsidiado por el Ministerio del Poder Popular para la Cultura. Si alguna persona o institución cree que sus derechos de autor están siendo afectados de alguna manera puede dirigirse a:

Ministerio del Poder Popular para la Cultura
Av. Panteón, Foro Libertador,

Edif. Archivo General de la Nación, planta baja, Caracas 1010.

Tlfs.: (58-212) 564 24 69 / 808 44 92 / 808 49 86 / 808 41 65

elperroylaranaediciones@gmail.com / editorial@elperroylarana.gob.ve /
comunicaciones@elperroylarana.gob.ve

Caracas - Venezuela

Este libro se terminó de imprimir
durante el mes de *septiembre de 2007*
en la Fundación Imprenta Ministerio de la Cultura
3000 ejemplares / Mando creamy 60 grs

